

La Esfera

25 Agosto 1917

Año IV.—Núm. 191

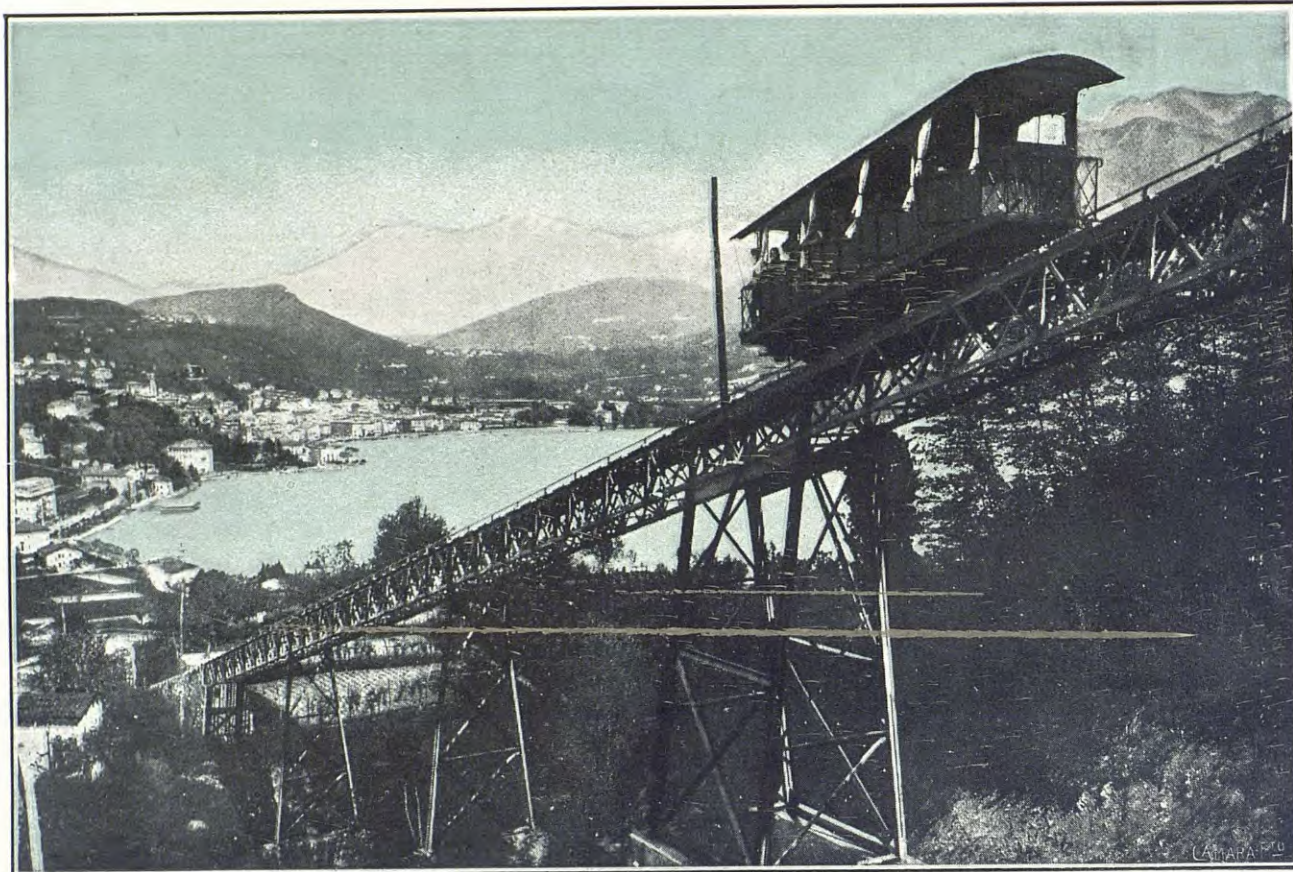
ILUSTRACION MUNDIAL



VENTOLINA (fragmento), cuadro original de César Fernández Ardavin

DONDE SE BEBE EL BUEN ASTI

LAS CAVERNAS DE EOLO



El ferrocarril funicular de San Salvador en Lugano

UN insigne boliviano que residió hace años en Madrid, encargado de una misión diplomática que no tuvo tiempo siquiera de iniciar, porque los días tristes y lluviosos se encerraba en la amada compañía de un buen libro y una botella de lo mejor, y los días alegres y soleados se lanzaba al campo ó tomaba el tren y emprendía excursiones inverosímiles, fué mi maestro en el difícil arte de viajar. Un día, después de disertar sabia y prolijamente sobre los buenos vinos que Dios tiene la suma bondad de criar, esparcidos por todas las regiones del globo terráqueo, me convidó á tomar una copa de Asti en el único lugar del mundo donde se bebe este vino en su punto, siendo allí mejor que el mejor Pommery y el más exquisito Moussirender.

Ni el Garona ni el Rin producen en sus riberras un espumoso más sabroso para el paladar ni más alegrador para el espíritu. En Asti mismo, donde podemos, con una copa en la mano, embriagarnos de alcohol y de versos de Alfieri, el melancólico amador que allí naciera, no sabe este vino como en aquel otro lugar, donde los buenos y sabios catadores de Italia y de Austria, de Francia y de Suiza, van en disimulada peregrinación á contemplar los paisajes encantadores, á asombrarse de las bravuras de la no domada Naturaleza y á cogerla en grande, alabando la infinita misericordia de Dios, que tantas bellas y buenas cosas puso en este mundo.

Después de encarecerme mucho estas maravillas, me aconsejó hacer la maleta, y emprendi-

mos el viaje. En Niza tomamos la primera copa de Asti, en Savona la segunda, en Turín la tercera, en el propio Asti la cuarta, en Milán la quinta... ¡Señor! ¿Hasta cuándo iba á tolerar tu paciencia aquella peregrinación imbécil? Porque, en verdad, aquel vino espumoso no valía la pena. Aparte de que seguramente lo habría igual en cualquier bodega, botillería ó restaurant de Madrid, era un vinejo bueno para cuando no hubiese otro. En rigor, salvo el colorido, yo juraba á mi amigo el boliviano que los espumosos que se hacen en Jerez y en el Puerto de Santa María, con los buenos mostos de aquellos viñedos sin par, eran mucho mejores que el Asti que nos llevaba de estación en estación y de ciudad en ciudad. Pero cruzamos la frontera italiana,



Un pintoresco aspecto del lago de Lugano



El cabo de San Martín en el lago de Lugano

llegamos á Chiasso, atravesamos el lago Ceresio, y á pocos minutos paramos en la estación de Lugano. Mi amigo me dijo: —¡ Es aquí á donde venimos á beber una copa de Asti !

Apenas le escuché. Estaba absorto en la adoración del paisaje. Los labios trémulos no aciertan á balbucir más que esa vulgaridad que repiten todos los viajeros: « ¡ Qué hermoso ! »

Avanza el ferrocarril ganando alturas para cruzar el famoso San Gotardo, y al llegar á Lugano va ya por las crestas de la montaña, de tal modo, que la ciudad y su lago y sus limonares y sus viñedos y sus bosques de olivos y nogales y su muchedumbre de hotelitos, parques y jardines—como si surgiera el vergel malagueño ante nuestros ojos—quedan allá abajo, en el fondo del primoroso valle, tan lindo, tan ordenadamente bello, en contraste tal con la belleza salvaje y bravía de las montañas, que todo ello parece artificio humano, como un miniado cuadro de un pintor preciosista, como un juguete fabricado por gnomos para la pálida princesita de un cuento de hadas.

Para bajar de la estación á la ciudad hay un funicular. Yo preferí descender á pie por una carretera que, culebreando por la ladera de la montaña, llega hasta cerca del Paradiso y recorre más de media legua entre boscajes y jardines. Luego, por la orilla del lago, se llega á la ciudad. ¡ Ciudad encantada, de recreo y de

placer, de holganza y de vicio, donde han hecho su nido millonarios llegados de todos los rincones del planeta, querer describirte sería profanarte ! Hay, á la entrada, una estatua de Guillermo Tell, con su arco en tensión y su flecha á punto de dispararse, símbolos de la independencia suiza ; pero Lugano y el contorno entero de su lago, sus calles y sus palacetes, su vegetación y su clima, sus costumbres y su ambiente de noble ranciedad histórica, son clara y distintamente italianos.

Mi amigo interrumpió el éxtasis con que yo rendía el homenaje de mi admiración á la Naturaleza. Era preciso subir al monte Caprino. Y allá fuimos y allí encontré una cima horadada por bocas de misteriosas galerías y aberturas,

como ventanales de cuevas y grutas no exploradas. Son las cavernas de Eolo. Allí, sin duda, vive el dios que dispone, desde el céfiro al simún, de todos los vientos. Por aquellas rendijas sale, con bastante violencia, un aire helado. No se sabe quién le empuja. Nos imaginamos soplando al propio Eolo, con los carrillos hinchados, como lo veíamos de chiquillos en los grabados de la Mitología.

El fenómeno es curioso, pero lo es más la hábil industria con que los luganenses lo han utilizado. Aprovechando las rendijas por donde el viento sale, han edificado curiosos pabellones, donde las botellas de Asti reciben la corriente helada. Y, en efecto, mi amigo el boliviano

tenía razón. No hay vino en el mundo como aquel vino. Un dulce regocijo inunda nuestro espíritu ; una sensación indefinible de bienestar y de optimismo se apodera de nosotros. El parloteo del agua, que cae bravía de la cercana cascada de Cavallino, nos parece una música inefable. Ante nuestros asombrados ojos la visión soberbia del panorama se enriquece con nuevos colores ; las líneas se precisan y detallan, y á nuestro alrededor, cuando nos creíamos solos, escuchamos carcajadas parlears, gritos triunfadores, cánticos en los más extraños idiomas... Mi boliviano, enardecido, entona su himno nacional. ¡ Toda una caravana de insignes borrachos está hoy en el monte Caprino tomando su copa de Asti !

MARTÍN AVILA



El puerto de Lugano y el monte de San Salvador



Panorama de Lugano, viéndose al fondo el monte Boglia

FOTS. ARISTOPHOT

LA ESFERA

PAISAJES ESPAÑOLES



ITÁLICA, cuadro de Pedraza Ostos

UNO, COMO HAY MUCHOS

DEL señor Damián, el *Lunares*, puede decirse, siguiendo la moda literaria, que fué siempre una flor de casticismo.

Nació nuestro hombre en plena calle de la Encomienda, y no hubo plaza ni callejón, desde el Progreso hasta las Rondas, que no fueran alguna vez campo de sus hazañas moceriles. Si llegó el caso de salir de sus barrios predilectos, fué para visitar los merenderos de la Bombilla, de las Ventas ó de los Cuatro Caminos, en días de fiesta.

De sus habilidades habría mucho que decir. No hubo oficio que no aprendiera ó no tratara de aprender. Si no llegó á conocer ninguno como Dios manda, fué porque en todo tiempo sintió el ardiente deseo de vivir sin quebrantos del cuerpo, ni más ni menos que muchos burgueses de quienes él sabía que eran unos «parásitos sociales». Pensaba también que el hombre tiene derecho á ser libre y no debe soportar cadenas tiránicas que le amarren al banco del trabajo. Por lo demás, si había que marcarse una habanera,

cantar el cuplé de moda ó tomarse unas limpias, allí estaba él.

En sus devociones taurinas siempre fué devoto de Vicente Pastor. En su casa, y en lugar preterente de la sala, entre una estampa de la Virgen de la Paloma y un retrato de Lerroux, tiene la *vera efigies* del torero de Embajadores en una postal iluminada que está pidiendo un fanal. Vicente—así le llama el señor Damián, con familiaridad de amigo íntimo—aparece gallardo y sonriente, vestido de oro y azul, como para debutar en Romea.

Tuvo el hombre de la calle de la Encomienda la suerte de tropezar con la Eulogia, un día de verbena, en Chamberí. ¡Vaya mujer castiza y con hechuras! Le salió al paso con dos *rentois* madrileños, le demostró que se marcaba un *schotis* como los propios ángeles y la acompañó hasta su casa, en el tranvía del Progreso. Lo demás, ya se adivina. El Damián y la Eulogia unieron sus destinos y celebraron la boda con mucho rumbo, gracias á un mantón de Manila que ella lucía como

un trofeo en días solemnes. Y, desde entonces, ya tuvo bien resuelta su vida el más castizo de los hombres. La *parienta* trabajaba para él, *corriendo* alhajas. Era una mujer con «todas las de la ley» y no podía consentir que en su casa faltase alguna cosa. ¿Para qué quería ella sus amistades?

ooo

El señor Damián sigue teniendo la vida bien resuelta. ¡Buena falta le hace al infeliz, para soportar los calores del verano! También sigue siendo de Vicente Pastor; pero como Pastor está *desterrado*, no va á los toros para no avinagrarse el ánimo. Eso de ver á los «fenómenos», que parecen danzarinas del Madrileño, nunca. Antes, el destierro también.

En estos días estivales, nuestro hombre abandona la cama lo más tarde que puede. Algunas veces deja que llegue la hora de comer. Claro que no lo hace por pereza, ni por comodidad, sino porque el sol pica más que Zurito, y no está bien que un hombre como él empiece á correr las calles muy temprano. Si acaso, procura no faltar á la cita que desde hace mucho tiempo le dan unos amigos en la taberna de la esquina, á la hora del *vermouth*. ¡Hay unas aceitunas *aliñás* que quitan el hipo! Cuando vuelve á la casa, la *señá* Eulogia tiene ya preparada la comida, con una ensalada de pepinos y tomates que permite pasar medianamente la vida. La sala, presidida por la postal del torero de Embajadores, está envuelta en una deliciosa penumbra. El botijo contiene en su fondo, serenada y fresca, un agua riquísima. ¡Como que es de la gorda! Todo lo cual prueba que la Eulogia sigue siendo previsora, como lo fué siempre, aunque ha engordado unas miasmas, observación que suele hacer el feliz esposo para ponderar las cualidades de su costilla. Acabado el yantar y levantados los manteles, el señor Damián fuma un pitillo junto al balcón, para disfrutar, si puede ser, de las levisimas ráfagas de aire que se cuelan desde la calle á través de las persianas verdes. Y viendo desvanecerse las espirales de humo azul, siente que el sueño le ronda con mimosas caricias, y á él se entrega en la quietud de la estancia, mientras afuera se respira un vaho de horno.

En mangas de camisa, para estar fresco—es decir, más fresco que de costumbre—duerme como un bendito el señor Damián, conocido también por el *Lunares*. Echados los brazos sobre el respaldo de una silla y apoyada sobre los brazos la cabeza, goza de las dulzuras de la siesta, como un magistrado en plena vista ó un canónigo á la hora de coro. Como tiene la conciencia tranquila, puede dormir en paz. Nada le inquieta ni le turba. En la calle, bajo el sol de justicia, suena una copla ó vibra la melancolía de un pregón, cuyo son apaga el aire caliginoso y pesado. ¡Si que hace falta humor! Canta un canario, y en la cocina llora el chorro de la fuente, abierta para que el agua corra y esté fresca. Y al rumor de la copla y del pregón, del canto del canario y el gemir del agua, nuestro hombre pasa unas horas entregado al sueño con el encanto de haber nacido.

Cuando despierta, ya ha caído el sol. La calle está recién regada, y en las aceras se han formado animadas tertulias. Pasa un vendedor de mojama, cangrejos y bichitos de la mar. Una *chicuela* canta á compás de la guitarra de un ciego y dice que tiene «el corazón gitano y el alma trianera». También canta el señor Damián, contagiado su espíritu de la alegría del arroyo. Mientras dice que lleva «en las venas sangre de Carmen la cigarrera», piensa que la noche va á ser propicia para presenciar, en la Plaza de Toros, las proezas de *Vaquero*, un torero que no es fenómeno, pero que se las trae.

Y así todos los días. Fortuna de haber encontrado por el mundo á la *señá* Eulogia, una mujer castiza y con hechuras.

JOSÉ MONTERO

DIBUJO DE J. LLIMONA



EL ENCANTO DE ASTURIAS



Paisajes pintorescos de Muros.—El Miradorio

HACE varios años se puso de moda sostener la donosa teoría de que Madrid era una estación veraniega poco menos que rival de Trouville, Dieppe, Biarritz ó San Sebastián. Los encantos de Madrid eran inenarrables; la benéfica y salobre brisa del mar refrescaba sus calles; el Arroyo Abroñigal era una sucursal del Océano que le reemplazaba con ventaja; las líneas de sillas de Recoletos no estaban tendidas sobre un paseo urbano y polvoriento, sino al borde de un acantilado de la playa; las olas besaban mansamente, como «bouquets» de rosas blancas de tul, las tapias del Retiro; en suma: Madrid, desde 15 de Junio á 15 de Septiembre, era el trasunto del perdido Paraíso...

Para confirmar y corroborar tan paradójicas aseveraciones, se organizaron fiestas, verbenas con mantones de Manila, fuegos artificiales, *fiacولات*; en suma: cuantos arbitrios ideó la mente edilicia para alegrar las noches de cualquier vecino de Barajas ó de Santa Cruz de Mudea. Si todo ello se hubiera hecho con la sana y pia intención de amenizar la vida lo más posible á los desdichados vecinos de esta corte que tenían la malaventura de permanecer aquí, santo y bueno y loable, y Dios les hubiera premiado á los ediles y alcaldes de barrio que contribuían á divertir al Madrid rezagado en el veraneo ó privado de él; pero no era así. ¡Se organizaban estos festejos para demostrar paladinamente á la faz del mundo que Madrid era, en las noches de estío, mil veces más delicioso y placentero que Santander, Gijón ó Salinas!

¡Y con qué tono campanudo y doctoral! Diario hubo que sostenía—hablando su director *ex cathedra*, y como de modo infalible, *ore dogmatico*—nada menos que desde el solio pontifical de un artículo de fondo, ¡que Madrid era un edén veraniego; los Jardines del Buen Retiro superiores á todas cuantas playas el mar ha

formado; el salir de veraneo una rutina aparatosa, y los veraneantes unos cursis impenitentes!...

Este exceso de celo más perjudica que favorece á la ciudad á quien se tributa. Dígase en buen hora que en Madrid, con mucha resignación y mucha horchata, se pueden ir aguantando las sofocaciones veraniegas, que si la necesidad imperiosa de los asuntos, lo ceñido y estricto de las ocupaciones ó la *res augusta domi*, la inopia de pecunia y escasez de numerario nos retienen aquí, no conviene que nos acojemos demasiado, que nos amarguemos la vida, antes bien, aceptemos en actitud contrita y penitencial este castigo de los hados. Dígase que yendo hacia Rosales, y pasándose allí casi la noche, y no teniendo que trabajar de día, y haciendo la vida de noche allá en aquellas sillas alineadas frente al paisaje goyesco, se respira mar, como en la escena del sofá, y que las luces de la carretera de Extremadura y de los Carabancheles pueden fingirnos la ilusión de la bocana de un puerto, y que esas titilantes lucecitas pueden ser las de los barcos surtos; dígase que, gastándose todas las noches cien pesetas, tampoco se pasa mal en la Cuesta de las Perdices ó en la Ciudad Lineal; pero, ¡por Dios!, ¡que nos digan que Madrid es una placentera estación veraniega!...

Nadie me gana en amor á Madrid; sin ser madrileño ni presumir de madrileña, lo conozco más al dedillo que muchos de los que sientan plaza de tal; los encantos todos que Madrid pueda atesorar, no permanecen para mí ignorados ni inéditos; en suma: soy de los que más jugo y delicia sacan á la vida madrileña, y después de mucha meditación he abrazado una filosofía conformista, y soy de los que más plácidamente me he resignado con la insensata idea que un buen día tuvo nuestro Rey Don Feli-



Paisaje de la costa de Muros

pe II (que Dios guarde en lo más profundo de su gloria para que no reaparezca más) de plantar su capital en este páramo inhabitable de la Mancha... Yo bien hubiese querido que se le hubiera ocurrido fijar su residencia en Lisboa, jardín *d'Europa á beira-mar* plantado, ó en Valencia, ciudad de flores, Florencia española, ó en Sevilla, ciudad morisca y típica, si muy estuosa y cálida, muy acondicionada para el calor; en cualquier otro rincón de la Península menos en este pseudo-centro geográfico; pero ya que no ha sido así, procuro extraer el encanto y sortilegio de Madrid hasta su quintaesencia y conformarme, leibnitznamente, con que esta es la mejor de las capitales posibles...

Pero ocurrírseme que Madrid en verano es un lugar de delicia (y con fiestas en que á la pegajosidad del calor se adhiere la pegajosidad promiscuatoria y no bienoliente de la multitud, peor que peor!), no he podido nunca allanarme á ello.

Y ahora entra otra manía peor á los escritores: la manía de que no se debe viajar, de que es cursi salir de veraneo.

Pues yo creo que á juicios tan ligeros y paradójales como éstos que recomiendan la quietud y el reposo y no estimulan al divino viaje—único modo de pasar la vida en buen estado de alma sin angustias pesi-



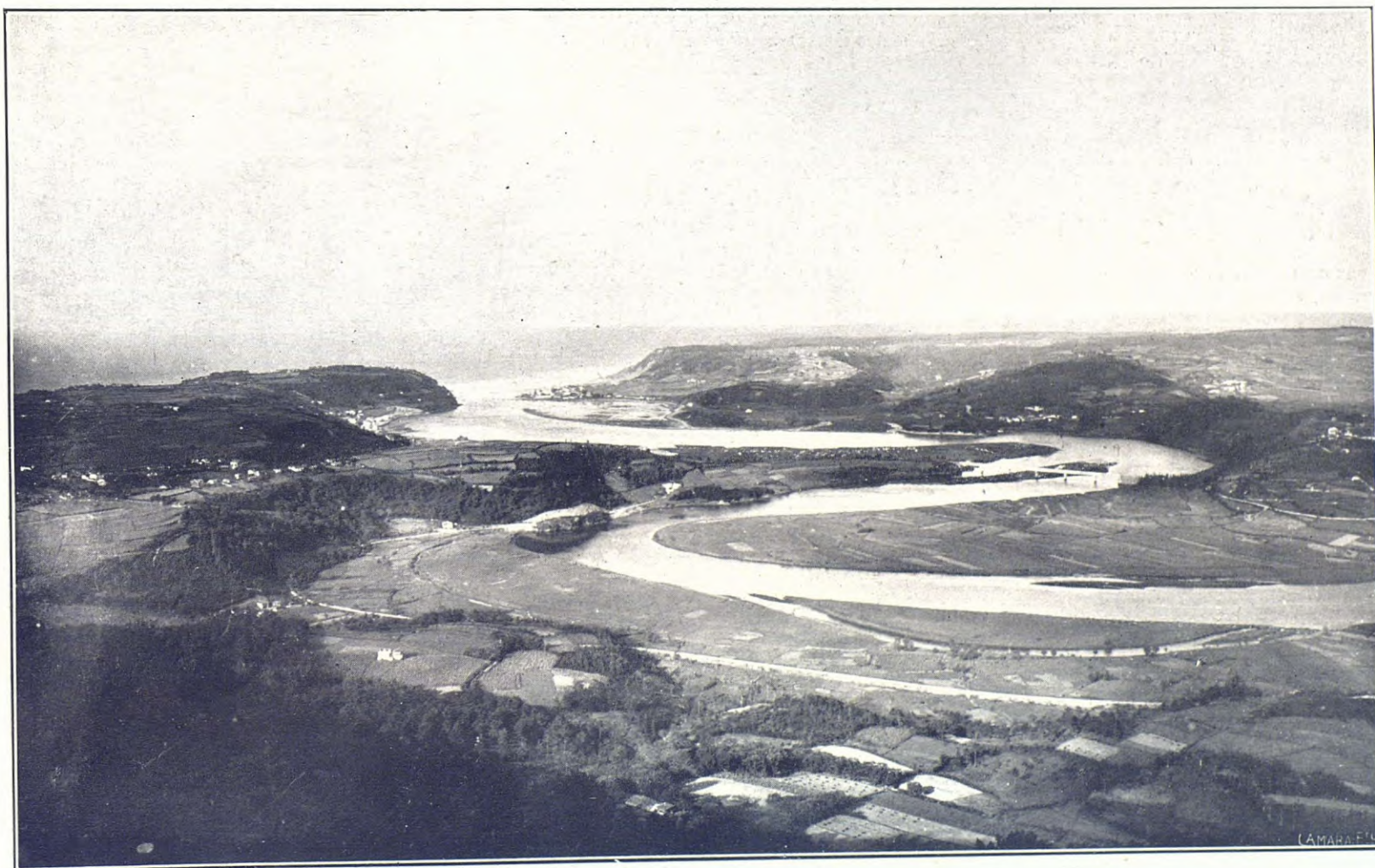
Vista de la playa de Muros

mistas—no hay que oponer sino la presentación de estas fotografías, que dicen más que las palabras frívolas de un cronista...

Ahí tenéis las orillas del Nalón en Asturias, lectores míos; los valles hondos y frescos, las praderías jugosas, las playas doradas al sol, los pinares resinosos y confortantes... Ahí veréis los pueblecitos tendidos en la desembocadura del Nalón: La Arena—una deliciosa playa donde concurre elegante sociedad ovetense—; Ranón, aldea frondosa encaramada sobre un monte; Soto del Barco, la villa alegre tendida sobre la carretera por donde cruzan las diligencias de Pravia á Avilés; San Esteban de Pravia, puerto ya atrafagado y ruidoso; Muros del Nalón, delicioso bosquejo de villa, apunte para un hermoso pueblo... Y ahora, después de esta contemplación, decidid

si debéis ir allá ó quedaros en esta «Corte de los Milagros». En esta villa del oso y el madroño, donde toda comodidad tiene su asiento... Díganlo, si no, los nocturnos paseantes de los paseos públicos de Madrid, los concurrentes á las clásicas y pintorescas «fiestas de barrio» y, en general, todos aquellos que unidos en cruzada contra el calor y las incomodidades caseras, se echan á la calle en busca de aire y de deleite...

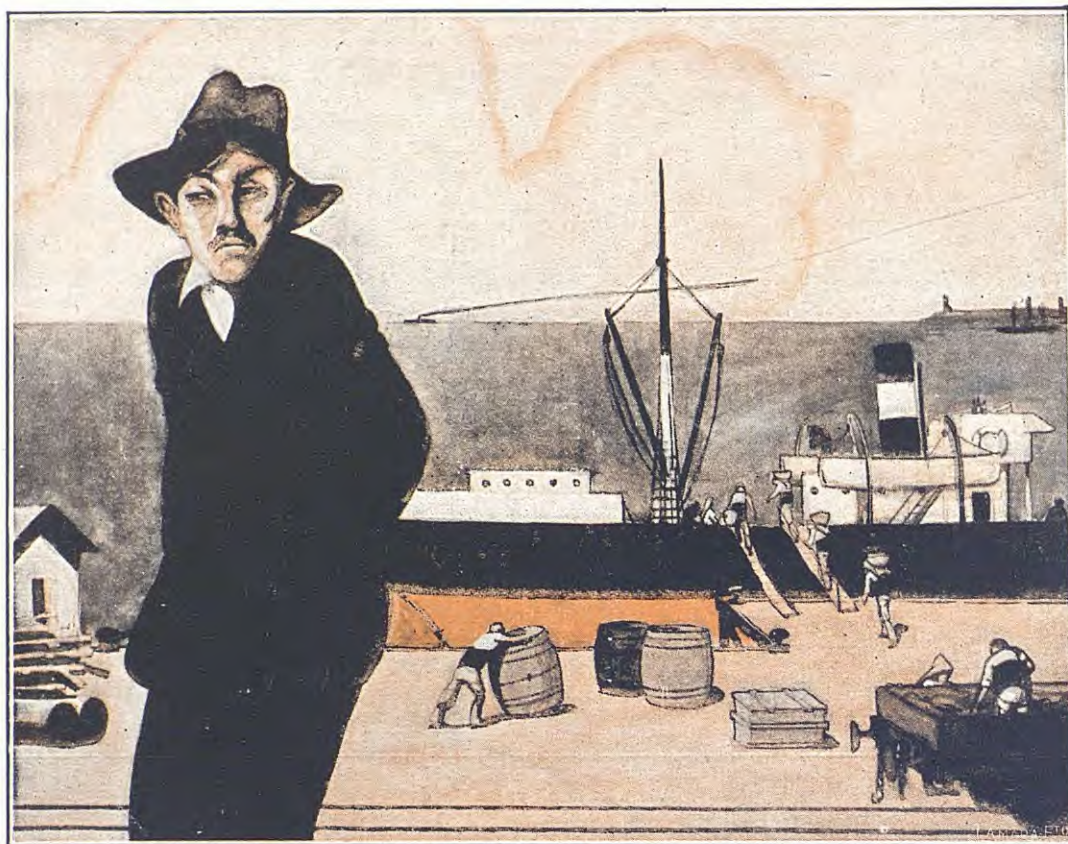
ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO



Muros.—Vista panorámica de la desembocadura del Nalón

FOTS. MARTÍN

PANORAMAS DE MARIPOSA Á GUSANO



EN todas las literaturas del mundo se ha hecho el capítulo del hombre obscuro, del *quidam*, del desheredado y del desvalido que, tras la brega incruenta con la miseria, consigue, al fin, vencer, entrando triunfante en el inexpugnable fuerte de la riqueza, del lujo y de los placeres.

Esa transformación de gusano á mariposa va siempre, invariablemente, acompañada de la escena tragicómica, en la cual el neófito hace la primera comunión en los altares del nuevo credo social que abraza.

Así como los primeros vuelos del gusano son torpes porque no sabe todavía usar bien las alas, los primeros pasos de los hombres embutidos en los trajes de etiqueta son pesados, tardos y ridículos.

Los escritores de todos los tiempos han hecho tropezar con los muebles de los salones á los tímidos principiantes, y Honorato de Balzac nos ha dado, como ninguno, la sensación cruenta del sentimiento hostil con que son recibidos, entre burlas y críticas acerbas, por los privilegiados de la fortuna, del nacimiento y de la herencia.

La lucha de clases, sin embargo, no sólo se muestra y se manifiesta en esas esferas. Y es más cruel, mucho más cruel indudablemente, el descenso que la ascensión.

Modernamente, las Asociaciones obreras y los gremios sindicalistas han creado de hecho una aristocracia del trabajo. La hiel que tuvo que devorar Edgar Allan Poe en la escuela de Clarke, en Richmond, donde, como dice Rubén, los hijos de la fofa aristocracia del lugar le miraban por encima del hombro, haciendo escarnio de su modesto origen, no es tanta ni tan amarga como la que tiene que tragar en su calvario el hombre empujado por la desgracia al descender á los infiernos de la miseria.

En los choques morales de las alturas, el convencimiento y el orgullo del propio valer, ya contrastado, y los beneficios materiales, son un lenitivo; pero en los encuentros espirituales del descenso, todo son espinas.

La amputación es más dolorosa que la transformación.

En los lujosos salones, la voz de la marisala Lefevre, azotando el rostro de las altivas hermanas de Napoleón con el relato de sus heroicas hazañas de cantinera, triunfará siempre; en cambio, en las profundidades y en las negruras del tajo, la exposición de las riquezas y de los honores perdidos acrecentarán tristezas y nostalgias, avivando el odio y atizando la crueldad de los desheredados.

Lo primero es el triunfo lleno de prerrogativas y de honores, talismán poderoso, único, para hacer prosélitos; lo segundo es el fracaso, el ven-

cimiento huérfano de toda justicia y de todo calor.

Un Dante moderno escogería ese suplicio para hacer purgar sus culpas al más encarnizado de sus enemigos.

ooo

Por el infierno de mi vida, donde maduraron tantos dolores, pasó un día el terrible caso.

ooo

Había regresado de una de mis peregrinaciones, de un viaje muy largo por el mar Atlántico y por el mar de mi espíritu, y me encontraba en Almería, tan forastero de mí como de las gentes de aquella bella tierra. Tierra doblemente bella para mí, porque pienso y creo que nuestra verdadera patria no es la impuesta por la fatalidad del nacimiento, sino la que escogemos nosotros en primer término, y, después, aquella donde, fatalmente también, se abren al amor los ojos de nuestro corazón.

Llegué y me recibió hosca y fría la miseria, con una cara más dura que de costumbre, y fueron vanas mis súplicas y mis zalemas para contentarla. Implacable y cruel, después de tomarme cuenta de mi tiempo y de forzarme á hacer una liquidación total de mi escaso numerario, me persiguió tenaz, ensañándose en mí alevosamente.

De fracaso en fracaso, recorrí toda la escala de las pretensiones. Nunca un pretendiente subió tantos tramos y nunca tampoco bajó tanto ni tan rápidamente.

Y un día, un amanecer claro y radiante en el que había tanta luz y tanta belleza en los cielos y en la tierra como negruras y fealdades en mi espíritu, encaminé mis pasos al muelle, dispuesto á solicitar trabajo al primer capataz que me encontrase.

Conmigo hicieron el camino los trabajadores del puerto, hombres avezados al rudo trajín, fornidos, pero descoyuntados de miembros, y, según la fama, tan contrahechos en lo moral como en lo físico.

De algunas de sus hazañas era yo sabidor.

Sus miradas curiosas fueron como la iniciación del terremoto que me amenazaba. Al principio creyeron que se trataba de un señorito vicioso.

tementamente, con más viva curiosidad, y, después de mirarme, sus facciones se tornaban más torvas, más fieras. Entre ellos y mi persona, cuanto menor iba siendo la distancia material, se iba haciendo mayor la separación espiritual. Y cuando, ya en los tinglados del malecón, se dispó por completo la duda y como un rayo corrió la noticia de que el señorito solicitaba trabajo, se hizo á mi alrededor un vacío cruel, y las miradas de los rudos obreros, como dardos, se clavaron en mí, infiltrándose en la sangre el veneno de una hostilidad mortal.

Un capataz jaque y bromista, encargado de la carga de mineral, para mofarse de mí, me colocó en uno de sus buques. La carga de mineral es el trabajo más rudo y penoso. A él sólo se consagran los hombres peor dotados, los más torpes. El peso de las espuestas es enorme. El polvillo del hierro se incrusta en los ojos y hace sufrir horriblemente. Casi todos los cargadores de mineral se quedan ciegos. Además de una gran fortaleza física es preciso una gran resignación. El mineral de hierro enrojece la piel, y á las dos horas de trabajo, el cargador desaparece bajo una espesa capa de polvo.

—Tú—dijo el capataz á uno de sus hombres—, lleva al señorito al segundo petate de proa y colócalo en el último escalón.

Y añadió irónicamente:

—¡Ah! Y poned cuidado en la faena, porque si no el señorito se va á manchar.

Rió el chistoso, rieron estrepitosamente la gracia los que le rodeaban, y yo, inclinando la cabeza sobre el pecho, avergonzado ante las miradas burlonas de las gentes, seguí al obrero, que ya había echado á andar.

Pegado al muelle de Levante, un barco inglés en lastre mostraba su enorme mole. Para llegar á bordo habían colocado, de trecho en trecho, andamios á la borda que daba á tierra. En los escalones aguardaban los cargadores, ya preparados para comenzar la faena. Me coloqué en mi sitio y esperé.

Llegó el primer carro lleno de mineral, atracó al costado del barco y empezaron á subir de mano en mano las espuestas. Inmediatamente comprendí lo penoso, lo fatigoso, lo horrible del trabajo.

Los compañeros, á los esfuerzos que tuve que

—¡Bah! El borrachuelo regresa á su casa después de una juerga.

Mis ropas y mi cara debían de dar esa sensación, pues lo mismo amustian y relajan los placeres que los sufrimientos y las penas excesivos.

En realidad, yo retornaba de una bacanal, de hacer muchos excesos, de emborracharme con mis propias lágrimas.

Los ojos de los obreros, á medida que me aproximaba al puerto, me inquirían más insistentemente.

hacer para sostener la primera espuerta, cruzaron una mirada de inteligencia, como diciendo:

—El señorito no aguanta ni media hora.

Antes de ese tiempo tenía las manos ensangrentadas.

El esparto de las espuestas me las había destrozado, y era un verdadero martirio soportar el roce brusco en la carne viva.

Aunque hacía calor, el terral levantaba el polvo de hierro, que se incrustaba en los ojos, produciéndome un vivísimo escozor.

Detrás de un carro venía otro y otro, sin interrupción, sin dar lugar al más pequeño descanso. Era imposible detenerse para reponer las fuerzas, ni siquiera para enjugarse el sudor. Los carreros, desde abajo, nos azuzaban para que nos diéramos prisa, pues ellos trabajaban á destajo y tenían interés en hacer muchos viajes.

gaba yo también, y entonces, y en aquella hora, con más violencia que nunca, de los señoritos?

Y cerraba los ojos para no ver, y contraía los músculos de mi cara, apretando los dientes para evitar que el dolor me arrancara una queja, para sostenerme en el andamio y transformarme en un obrero y poder unir mi voz á las voces humanamente salvajes de aquellos parias.

Enloquecido por la rabia, la vergüenza y el dolor, hipertrofiado, soporté durante todo el día las fatigas de la terrible jornada, y haciendo un esfuerzo supremo descendí del andamio gallardamente, despacio, en un alarde magnífico de seguridad y de fuerza.

Abajo me esperaba un obrero. Otro, señalándome, le dijo:

—¿No buscabas al señorito? Pues ahí le tienes.

diendo la respuesta. Comprendí que mi negativa exasperaría á mi interlocutor, y, al mismo tiempo, que mi dignidad no debía allanarse á obedecer una orden hecha en aquel tono.

Pero, apenas había dado dos pasos, sentí sobre mis hombros unas manos que me detenían, y giré rápidamente haciendo frente á mi enemigo.

—¿No me contestas, señorito?

—No; no te contesto.

—¿Me amenazas?

—Tómalo como quieras.

—Te advierto que conmigo no se juega.

Y al decir esto último me dió un golpe en el pecho.

Yo aproveché el instante en que su brazo hacía el movimiento y estampé en su cara los cinco dedos de mi mano.

La bofetada sonó como el chasquido de un



—¡A ver! Esa fila de la izquierda, que se duerme.

Pronto corrió la voz de que un señorito estaba trabajando, y comenzaron las vayas y las burlas.

De andamio á andamio preguntaban:

—¿Dura todavía el señorito?

Y de proa á popa la pregunta era contestada, intercalando chistes, cuando no ofensivos, de mal gusto.

Todo el odio de clase se manifestaba brutal y sin trabas, reivindicativo y cruel, gozoso de poder, á mansalva, hincar el diente en el caído, vengarse en él hasta la saciedad. La rabia contenida rompía el dique y, con furia inusitada, se estrellaba en mí.

Yo comprendía, sufría y callaba. ¿Acaso no llevaba yo también parte en aquel odio, en aquellos rugidos bárbaros contra los de arriba? ¿No era yo también una víctima de la injusticia social, como lo eran los que me insultaban? ¿No rene-

El obrero se me acercó, midiéndome de abajo arriba con la mirada.

—¿Tú no sabes que para poder trabajar aquí se necesita ser socio de nuestra Sociedad?

—No, no lo sabía; el capataz nada me dijo ni me exigió para darme trabajo.

—El capataz nada tiene que ver con esto; pero tú, si no te haces socio de nuestra Sociedad, no trabajarás, ¿sabes?

Las cuadrillas de obreros desfilaban á nuestro lado, y en conocimiento de lo que ocurría, se alejaban comentando el caso con calor.

Un rumor sordo, como el zumbido de un moscardón gigantesco, llegaba amenazante á mis oídos.

—¿Que no trabajaré?

—No; no trabajarás.

—¿Y quién lo va á impedir?

—Yo; todos...

Sonreí tristemente é intenté marcharme, eva-

lático. Mi adversario se tambaleó unos instantes y, después, rehaciéndose, cayó sobre mí como una tromba.

Apenas hubo lucha. Salí rebotado al primer empujón, midiendo con mis costillas la tierra, y antes de que el obrero pudiera echarse de nuevo sobre mí, nos separaron.

La cara de mi contrincante estaba llena de sangre, y las gentes creyeron que lo había herido.

Aquello me salvó, porque todos supusieron que tenía un arma, y nadie se acercó á mí por temor.

Se conformaron con insultarme desde lejos.

—¡A ese, á ese! ¡Ahí va el señorito del pan pringao! ¡Criminal! ¡Bandido!...

Yo apresuré el paso. Estaba seguro, segurísimo, que la mancha roja de la cara del obrero era sangre de mi mano, sangre mía, de mis propias venas, que manaba de mis heridas en abundancia.

ALEJANDRO BER

NUESTRAS VISITAS

EL MAESTRO VILLA



D. RICARDO VILLA
Director de la Banda Municipal de Madrid

La simpatía del maestro Villa es castizamente madrileña, como su tipo pequeñito, regordete y erguido, y sus andares airosos, sin flamenquería. Para mí estos hombres pequeñitos y siempre risueños, poseen una atracción misteriosa. Ya lo dijo el gran Zamacois: «El misterio de un hombre pequeñito».

Antes de tomar el primer sorbo de la fresca cerveza con que el notable músico me obsequiaba en el despacho de su casita, ya se había adueñado de mi espíritu con su naturalidad casi infantil y con su sincera modestia.

Nos habíamos quitado las americanas para estar más cómodos. Yo tomé asiento ante su mesa de trabajo; él frente á mí. De una caja que había sobre un estante sacó dos cigarrillos. Fumamos.

—Créame usted—me dijo lleno de confusiones—, que me pone usted en un compromiso. Yo no he de saber decirle nada que resulte ameno é interesante. Mi vida ha sido la vida de un obrero de la música. Si algo soy ó represento, á mi gran afición por ella se lo debo. Mis trabajos musicales no han sido trabajos, han sido deleites, recreos, así es que, cuando triunfe como músico, jamás podré decir: «Triunfé gracias á mis trabajos», sino «gracias á mis recreos».

—¡Ah!, ¿sí, maestro? ¿Luego para usted constituye un deleite dirigir la banda en estos días de infierno y tomarse un baño de sudor?

—Mientras estoy con la batuta en la mano no me entero de si hace calor ó frío y de si sudo ó tiro. De verdad.

—Creí que siempre resultaría fatigoso.

—Sí, algo; más que por el movimiento, por la tensión nerviosa; pero está bien compensado si el auditorio es respetuoso y amante de la música.

—¿En dónde le agrada á usted más dirigir los conciertos?

—En Rosales, por la noche, y en el Retiro, por las mañanas.

—Entonces, ¿en el Retiro por las noches, no?

—¡Quíá! Es una gente especial; no son amantes de la música, y además, no oyen, ni se ocupan para nada de la banda... ¡Un fastidio!

Hizo una pausa. Tomó un sorbo de *alemana*, lo saboreó con deleite; después, respiró fuerte y satisfecho.

—¿Su padre de usted era músico, maestro?

—Sí, señor; músico: violinista del Real y de la Sociedad de Conciertos.

—Entonces, ¿él fué su profesor?

—No; más bien mi iniciador, porque yo sólo

tenía diez años cuando él murió. Eramos tres hermanos; el tercero murió, y el otro es el violonchelista del Real, de la banda y de la Sinfónica. Mi padre, á su muerte, casi se llevó la llave de la despensa. Comenzamos á vivir trabajosamente. Un poco de calvario; y yo, en seguida, empecé á buscarme la vida, y conseguí ganármela.

—¿Cómo?—inquirí.

El maestro, tras de sonreír apacible al rememorar un recuerdo, exclamó:

—Cantaba en los coros de niños del Teatro Real. Estrené *Mefistófeles* y *La Gioconda*. Ya, con lo que me daban, me ganaba mi plato. ¡La vida!

—¿Y á todo esto, usted sentía gran afición por la música?

—Muchísima, y sin trabajo ninguno estudiaba la carrera de violinista. Mi ilusión era arrancar gemidos y frases á mi violín. Soñaba con ese día. El solfeo lo estudié con D. Antonio Llanos, la armonía con Fontanilla, el violín con Monasterio y Arbós y la composición con Grajal y Serrano.

—¿Era usted aplicado?

—Sí. Más que otros. En eso tengo que hacerme justicia. Le advierto á usted que si hubiese

sido bruto lo mismo se lo diría. Yo soy un hombre sincero. Cuando ya estaba terminando mi carrera de violín, hice oposiciones á la Sociedad de Conciertos, que dirigía el maestro Mancinelli, consiguiendo plaza, y al mismo tiempo entré en el Real como violinista.

—¿Y de qué vivía usted durante este tiempo?— pregunté.

—¡Ah!, mi amigo—repuso satisfecho el músico—, antes de todo esto ya me ganaba yo mi sueldecito tocando en cafés y teatros.

—¿En qué cafés?

—En el de Prada, en el Gran Vía y en el Imperial. Yo sostenía mi casa, y para que á mi madre no le faltara nada, era preciso acudir á todos los resortes. Pues bien, en el Real, de violinista, estuve siete u ocho temporadas; en esto, la Sociedad de Conciertos abrió un concurso para premiar una obra en cuatro tiempos, basada en cantos de cualquier región española. Yo concurrí á este concurso con «Cantos regionales asturianos», y obtuve el premio primero. Y ya, desde aquel momento de mi vida, empecé á sobresalir, á hombreadme con los maestros y á campar por mi respeto, dirigiendo orquestas de ópera y concierto. Después, cuando se hizo el Lirico, estaba yo en Oporto, y recibí una carta de Chapí ofreciéndome la dirección de la orquesta. Acepté, y después me volvió á escribir, diciendo que si quería colaborar á la obra total del teatro Lirico, que me ofrecía una ópera de Dicenta, titulada *Raimundo Lulio*. Yo, ¡figúrese usted, una obra de Dicenta para mí, que era un desconocido! Acepté encantado.

—¿Y estrenó usted con éxito?

—Sí, señor, con mucho éxito. Tanto es que, desde entonces acá, ya ha sido más fácil y más amable la vida para mí. Del Lirico pasé al Real de director; allí he estado nueve temporadas; también durante ese tiempo he dirigido la Sociedad de Conciertos.

—¿Y la Banda Municipal?

—La Banda Municipal se fundó durante este período, y fui llamado para dirigirla.

—¿Qué le gusta á usted más dirigir, la orquesta ó la banda?

—Las dos cosas tienen su pro y su contra. El trabajo de la banda se lleva más ensayado, sin precipitaciones que son frecuentes en las orquestas.

—¿Cuáles son sus músicos predilectos?

Contestó rápido:

—Los dos de todo el mundo: Wagner y Beethoven.

—¿Y españoles?

Hizo un visible gesto de contrariedad. La pregunta lo ponía en un grandísimo aprieto. Al fin se decidió:

—Españoles, me gustan varios. Chapí era un músico admirable y muy completo; el más completo tal vez de todos. También mi predilección está por D. Tomás Bretón, que ha tenido aciertos definitivos. *La Dolores*, por ejemplo. *La verbena* y sus *Escenas andaluzas*.

—¿Cree usted que la música española está en decadencia?

Meditó indeciso. No quería decir lo que pensaba. Al fin se decidió:

—Yo creo que estamos en un momento muy interesante de renovación, y que los procedimientos y la base que se emplean ahora son más sólidos. La música, de poco tiempo á esta parte, ha evolucionado en el mundo entero, y en este torbellino de evolución, hemos sido arrastrados nosotros. Se dice que nuestro teatro lírico es endeble porque tardan en salir obras con éxito. ¿Usted sabe el número de óperas que al cabo del año se estrenan en Italia? Pues seguramente no bajarán de cien obras, y, sin embargo, vea usted lo que queda. Y si en el teatro se observa decadencia, no es toda la culpa nuestra. No. Créame usted. Los autores de letra tienen su parte. Antes encontraba usted un autor que le hacía un libreto interesante; hoy día no, y, sin embargo, la música de *Las golondrinas* ha quedado. ¿Qué libreto tiene usted hoy de zarzuela en tres actos que se pueda igualar á *El Rey que rabió*, á *Jugar con fuego*, á *La tempestad* ó á *Curro Vargas*? Ninguno, ninguno.

Llevaba razón el simpático maestro. Variamos de conversación.

—De todo lo que ejecuta la banda, ¿qué es lo que más le gusta, maestro?

Se quedó un momento perplejo.

—Psch—labió encogiéndose de hombros—, no sé. Hay varias cosas que me gustan mucho. Casi todo lo que tenemos; por eso lo tocamos. Claro que de lo que más me gusta es Wagner, porque, además, se adapta muy bien á banda.

—¿Está usted satisfecho de la constitución de la Banda Municipal?

—Mucho, y cada vez más.

—Es la mejor banda de...

No me dejó terminar, y repuso:

—De España, sí.

—¿Y del Extranjero?

—De las mejores.

—¿Cuáles son las del Extranjero que puedan competir con la nuestra?

—De las que yo he oído, la «Guardia republicana» de París.

—¿En dónde gusta más la banda que usted dirige?

—No sé; en todas partes. En San Sebastián, el año pasado, fué una verdadera locura.

—¿Cuál es el día más feliz que ha tenido usted en su vida?

—Cuando se estrenó *Raimundo Lulio*.

—¿Qué labor tiene usted hecha?

—Estrenada, ocho obras de concierto y siete actos de teatro. Preparada, dos zarzuelas inéditas y dos en dos actos que estoy haciendo.

—¿Qué es lo que más dinero le ha producido á usted?

—En teatro, *Raimundo* y la *Rapsodia asturiana*, para violín y orquesta, que me estrenó el glorioso Sarasate. Pero usted sabe que el género de óperas y conciertos, como resultado pecuniario, es una desdicha.

—¿Cuáles son sus obras inéditas?

—*Pepa la naranjera*, letra de Soldevilla, y *Molinos y gigantes*, de Fiacro Irayzoz. Y las dos que tengo en preparación: una, el libro es de sus compañeros de «Prensa Gráfica», Pepe Montero y Moya Rico. Con esta obra tengo muy fundadas ilusiones, pues el libro, á mi juicio, es un acierto.

—¿Y la otra?

—Permítame usted que me reserve el nombre de los colaboradores.

—¿Gana usted mucho dinero?

—Sí; para vivir bien y ahorrar alguna cosilla, porque yo soy un hombre de orden que, aunque no me privo de lo necesario, no me gusta despilfarrar.

Y el notable maestro reía sana é ingenuamente.

EL CABALLERO AUDAZ



El maestro Villa en su mesa de trabajo

FOTS. SALAZAR

PERFIL DE AGUAFUERTE



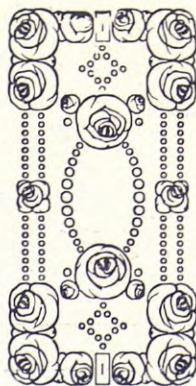
Gran bebedor de agua, valeroso argonauta
que conquista á diario su vellocino de oro;
para su vida el viejo Murger trazó la pauta
y un montón de sonetos es su único tesoro.

Como Gautier, prefiere un soneto á unas botas,
¡oh, el airón cyranesco de este gesto romántico!,
arrostra la amargura de todas las derrotas
y arde siempre en su espíritu la exaltación de un cántico.

Poeta hampón del amplio chambergo y la chalina,
que come del azar y duerme á la ventura;
lunático amante de una dama ideal.

La Bohemia es la amante que encanta y que asesina,
y enfermo de miseria y de literatura
le arroja á al anónimo lecho de un hospital.

DIBUJO DE BARTOLOZZI



Azafatas del hampa, reinas de la gallofa,
alisan del trovero la revuelta melena;
él las paga los besos de amor con una estrofa
á sus ojos de abismo y á su carne morena.

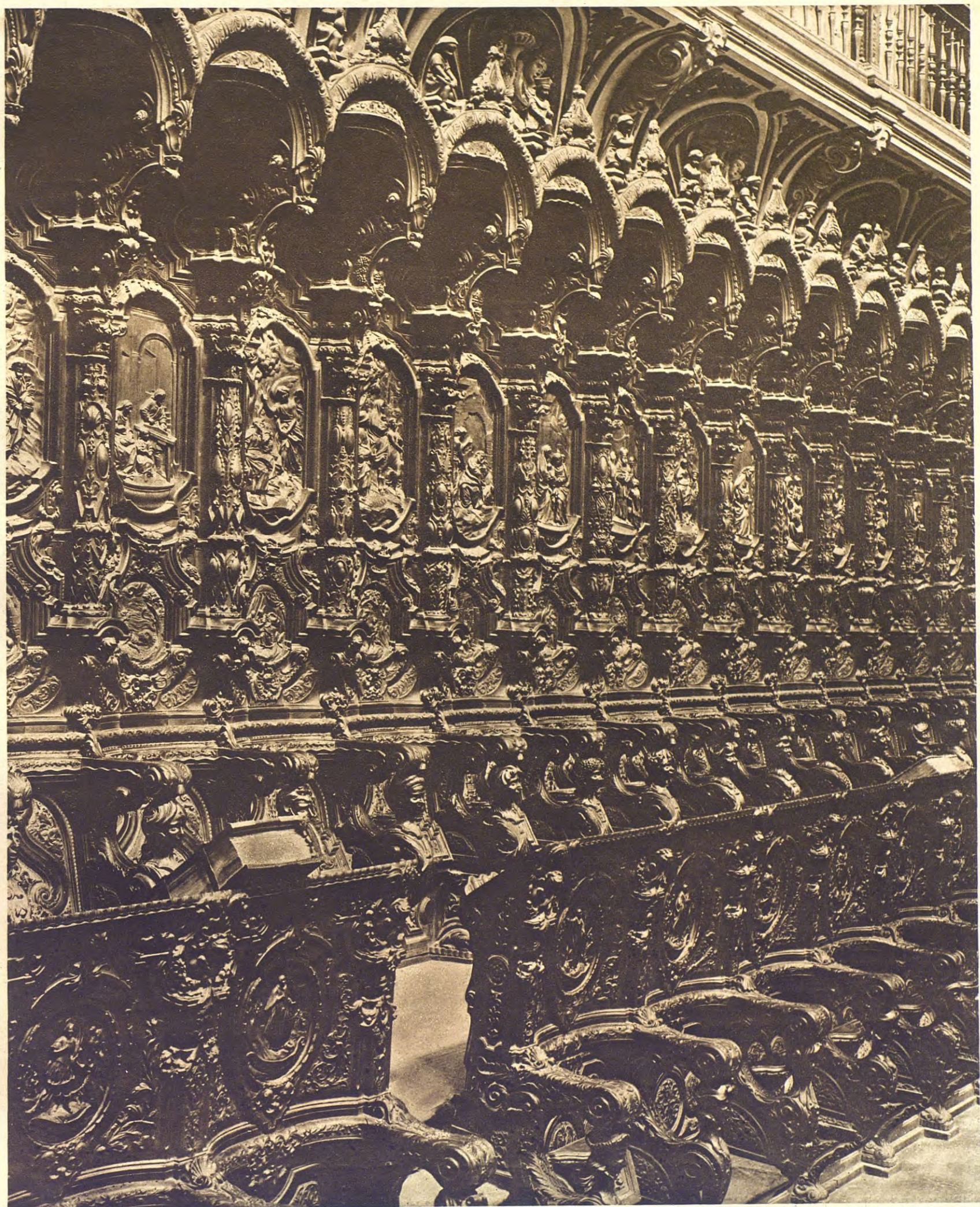
La vida es pintoresca... Sin amor y sin gloria
y sin hogar; mas tiene su encanto de aventura
porque sabe poner en su vida irrisoria
de miseria un pencho de artística locura.

¡Bohemia solitaria, bohemia tabernaria,
la vida así es amarga y oscura y solitaria,
lúgubre como un fondo tremendo de aguafuerte.

Los mártires del Arte ven su suerte frustrada,
y ante su vaso, esperan que de una enervada
de la vida, aparezca de improviso la Muerte.

E. CARRÉ

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



DETALLE DEL CORO DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA

Fot. Castellá



MOROS ALREDEDOR DE UNA FUENTE SITUADA JUNTO A LA MEZQUITA DEL ZOCO DE FOKI, EN TETUÁN

Fot. Pérez

ESPAÑA MONUMENTAL Y ARTÍSTICA



HERMOSA PUERTA DEL EDIFICIO DONDE ESTÁ ESTABLECIDA
LA REMONTA EN ÉCIJA

Fot. Castellá

EL TESORO



En arrebatos que funde y sublima todos los amores, la madre exclama:

—¡Tesorito...! ¡Tesoro mío...!

Y el tesoro, agitando piernas y brazos en la constante inquietud de su ínfima, inmensa individualidad, responde al grito de pasión maternal con el único, breve discurso en que, para él, se resumen y comprendían al par todas las ideas expresadas en todos los idiomas. Y el discurso es:

—¡Ba... ba... ba...!

La madre rectifica:

—¡Ma... ma... ma...!

Pero el tesoro se obstina en su versión:

—¡Ba... ba... ba...!

La madre ríe, y prende sobre las yemas de sus dedos un hilo de besos, que va desgranándose para caer, como un rocío de aurora, sobre el hijo del alma... Luego, las manecitas inquietas y vacilantes del niño tornan á su juego, volviendo y revolviendo una pelota de lana, cuya hebra, entre las santas manos laboriosas de la madre, se teje y trueca en corpiño que ha de vestir á esa bolita de carne, rosada y frágil como un pétalo, que mañana—¡oh, dolor del «mañana»!—será un hombre, ingrato y duro tal vez, como todos, como casi todos los hombres...

ooo

¡Los hombres...! Tienden las memorias un velo sobre el alma de la dulce mujer, y son esas memorias como nubes de granizo que arrastran su amenaza lenta y sombría por encima de un carmen en flor...

¡Los hombres...! Siendo mozueto aún, era ya egoísta y ambicioso aquel galancillo de sus primeros amores: los de los quince años... Luego fueron llegando y partiendo los cortejadores, que dejaban, para cada nuevo idilio, una ilusión menos...

Al entrarse por él la vida, había sido el corazón de la muchacha como un altarcito escondido entre sombras, pero iluminado por cien luces

SONETOS

LAS DOS NAVES

Una nave de oro y otra nave
de plata se han perdido en la llanura
del vasto mar azul; y nadie sabe
á dónde irán bajo la aurora pura.

En la nave de oro canta el ave
del Sol, y en la de límpida blancura
el dulce ruiñeñor. En cada nave
es arpa de marfil la arboladura.

¡Oh, alma! ¡Oh, corazón! ¡Alas del sueño!
En las islas rosadas de la aurora
un príncipe á la blanca alondra espera;
y en las islas nocturnas, por su dueño
el ruiñeñor, una princesa llora...
—¡Va cantar á la alegre Primavera!

UNA CLARA DEIDAD

Una clara deidad volando vino
del cielo de la noche. Y se escuchaba,
al compás de la fuente que brotaba,
la dulce voz de un ruiñeñor divino.

Más que la aurora, el celestial camino
de estrellas de oro en el azul brillaba.
Dentro del pecho, el corazón cantaba:
"¡Dame á beber, ¡oh, Amor!, tu rojo vino!"

Un ansia inmensa, cual la savia pura,
del seno de la tierra florecía.
Volaba entre las ramas, clara y bella,
la diosa de las rosas. Y en la altura
del cielo constelado relucía
Venus en forma de su blanca estrella.

RAFAEL LASSO DE LA VEGA

de ilusión... La vida fué apagando, una tras de otra, esas luces, y en el lugar de cada una dejó una pavesa: un átomo de ceniza inerte y fría... Y de pronto, en la catástrofe de su ensoñada juventud, en la candente y triste revelación del primer amorío que llegó á ser amor, derrumbóse el altarcito oculto entre sombras é iluminado aún por vacilantes llamas, las que aventó, para siempre, el soplo de la realidad...

Fué el dolor de los dolores... Mas en aquella hora, sobre las ruinas de lo que había sido su vida de amante y de mujer, la víctima se alzó para ser madre, como en la leyenda se alzaron, redivivos, los mártires al salir del martirio...

Y á la extinguida luz visionaria de su quimera, sucedió, radiante y clara, la luz del sol: del sol de esperanza y de verdad que brilla ahora en las pupilas serenas y reidoras del hijo... Del hijo que mañana será hombre—¡hombre también!—, pero que será—¡cómo dudarlo al verle!— la excepción de la regla: el hombre generoso, fuerte, bueno; el hombre capaz de todas las noblezas y ajeno á todas las traiciones; el hombre que una mujer feliz hallará en su camino, para vivir la dicha que ella, la madre, no logró alcanzar...

Estos luminosos presagios deshacen la niebla de las tristes, obscuras memorias... Y otra vez tiende el optimismo un cielo de oro y azul sobre el alma de la cuitada... Y otra vez, en arrebatos que funde y sublima en un nuevo é inmarcescible amor todos los viejos y fallidos amores, la madre exclama:

—¡Tesorito...! ¡Tesoro mío...!

Y el tesoro balbuce su invariable respuesta:

—¡Ba... ba... ba...!

La madre ríe, y rectifica:

—¡Ma... ma... ma...!

Y éste es el diálogo más bello de la vida...

ANTONIO G. DE LINARES

Paris, 1917.

NOTAS ARTÍSTICAS

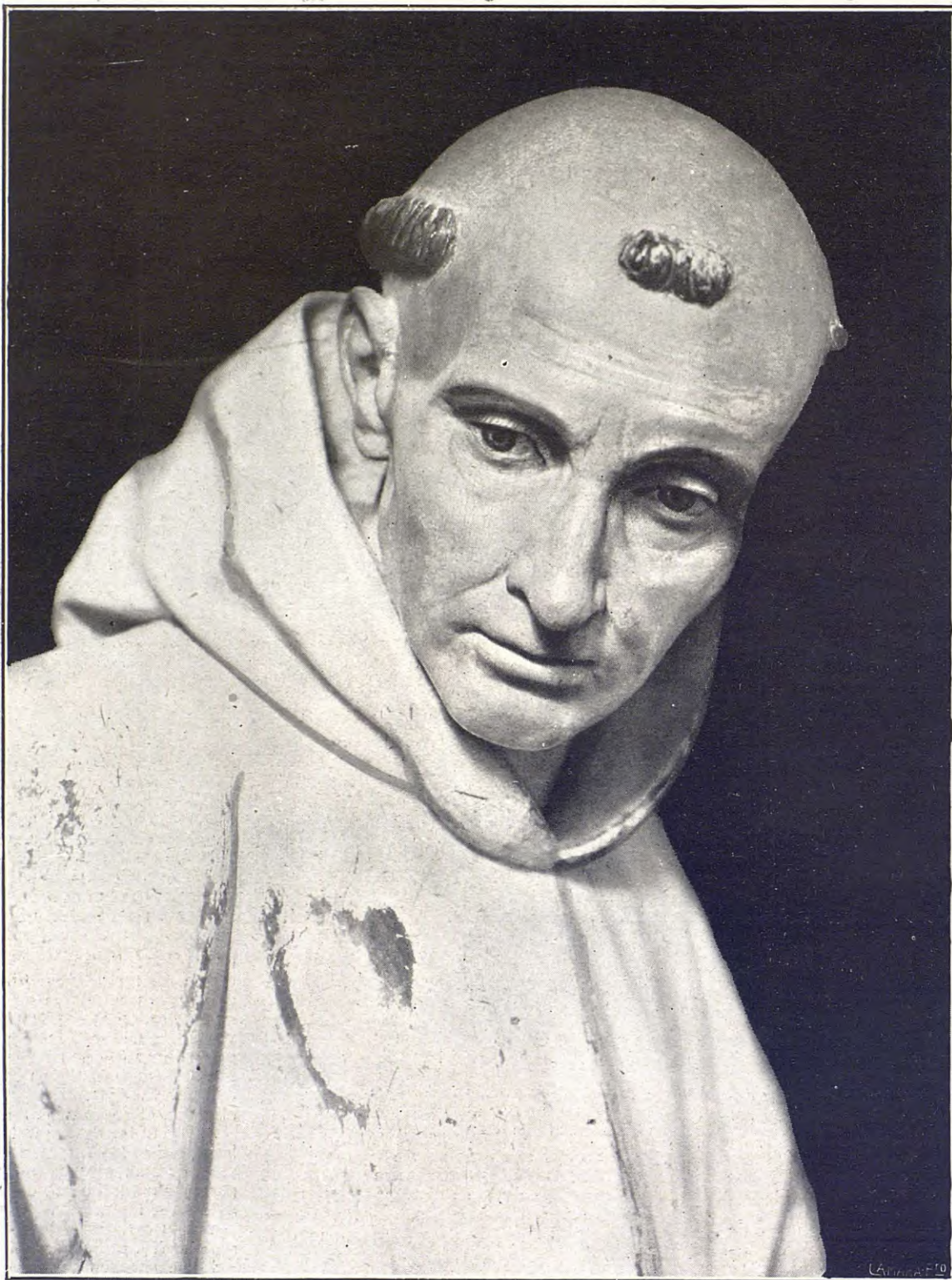
LA CABEZA DE SAN BRUNO

SEGÚN se va andando, camino adelante, por entre aquellas frondosas choperas de la Quinta, la ciudad se amontona, se congrega religiosamente. Una masa tupida de árboles corta en línea alta la visión de luz y reinando señorial la negra aérea silueta de las empinadas torres y cruceros y cresterías agudas de la catedral. Es el camino de Burgos á la Cartuja de Miraflores: el *introito* solemne para una senda de pláticas espirituales, la preparación callada para imaginaciones del mundo contemplativo, en el que á sus anchas encuentra el arte mansión rica en cosas invisibles y visibles, esculpidas y talladas ó misteriosas de inagotable fecundidad.

Se pasa por el portalón del monasterio, en donde se guarecen los pobres esperando la comida sobrante, y se llega á un pequeño patio silencioso. A mano derecha, la entrada á la Cartuja; á otro lado, la puerta regia de la iglesia, abocinada, con sus florenzas y los escudos de don Juan en las enjutas altas. Son los blasones que Doña Isabel quería ver por todas partes en Miraflores: ella los iba poniendo como sellos de cumplimiento de la última voluntad de su padre.

Se lee en las apuntaciones del archivo de Miraflores que una vez, yendo á la Cartuja la Reina, vió en lo alto del frontón, en el hastial de la iglesia, el gran escudo con los cuarteles de León, Castilla, Aragón y Sicilia. Y la Reina no recibió bien aquella cortesanía y, enojada, dijo: «¿Por qué se permiten en casa de mi padre otras armas que las de Castilla y León?»

Ya en el interior de la iglesia, habiendo pasado por el nartex, se echa encima el misterioso silencio cartujano, que sale de la abundancia que llena los claustros y las crujías. Los cartujos viven á solas con su Dios y con su alma, sin testigos, escatimando las palabras, que son comunicaciones con el mundo. Cada uno tiene su casa, y allí vive, allí reza, contempla y estudia y trabaja; tiene su huerto y cultiva las flores y escucha la canción perenne de una fuente...



Escultura de San Bruno, tallada por el portugués Pereira, que se conserva en la Cartuja de Miraflores
FOT. DE VADILLA

Por muy hablador que seas, visitante de la Cartuja, por muy mundano, el imperio de la santa voluntad del silencio te subyugará sin sentirlo; quedarás metido en el silencio.

A las once, todas las noches se rompe el sueño y el descanso en la Cartuja. Una mano descarnada, seca, va golpeando, como llamada del otro mundo, en las puertas de las casitas cartujanas.

Y, á poco, súbitamente salen de sus celdas los contemplativos: parecen fantasmas, envueltos en la rigidez de sus paños blancos, la amplia cogulla cubriendo la cabeza y cayendo plegada á un lado y á otro de la cara. Todos llevan en sus manos linternas, y estas luces de tibieza dan sutil transparencia á los ventanales del claustro. Quien-

tos, cada uno á la puerta de su celda, cada uno con la linterna encendida, ¡sombras blancas! Y cuando se pone en marcha la comunidad hacia la iglesia, avanzan rítmicas las sombras blancas siluetadas por pinceladas luminosas.

Se mueven oscilantes. Dan la sensación de los muertos que resucitan: que caminan á los reflejos de los fuegos fatuos...

Y se mueven, por magia de la luz, los paramentos del claustro.

A la una de la madrugada vuelven del coro. Duermen hasta las cuatro y media. Nueva oración, la misa conventual solemne, grave, primitiva, el rezo en privado, el trabajo.

Los viernes ayunan con pan y agua.

En la huerta grande tienen su cementerio: un campo baldío con una sola cruz por el último muerto.

El silencio, con su gama de color, de hondo sentido.

Hay en Miraflores muchas obras de arte, de las que no quiero decir nada hoy.

Está en una de las capillas agregadas á la parte de la izquierda, en la iglesia, la asombrosa escultura tallada por el portugués Pereira: San Bruno. Es una creación de estupendo realismo.

No sería así San Bruno; pero así es por obra y gracia del arte, así debió de ser. Ese es el atisbo, la adivinación artística. Si fuera posible y vinieran al mundo sus compañeros de la Universidad de París, los amigos de San Bruno, y viendo la escultura de Pereira no lo conocieran, el triunfo del escultor sería glorioso.

La creación genial es cosa más grande que «lo parecido de un retrato». Acertar en el siglo XVII con la mirada y con el gesto de un creador de espíritus, de un valeroso del ascetismo, plenitud de hombría; dar vida corporal á un idealismo religioso con raíces en lo más hondo del arcaísmo litúrgico y cristiano... es inmensamente superior, y de valía sin tasa, á copiar una cabeza del natural y que no dé otra impresión que la de un «está hablando».

La cabeza del San Bruno, de Pereira, es la

cabeza de aquel hombre á quien la visión de los funerales de Diocré le dió una diagonal de surco profundo. La idealización religiosa de San Bruno fué algo de prefiguración dantesca.

Para esas resoluciones de violencia suprema se requiere temple de alma y, á tono, rasgos de dureza, ademanes de atleta.

Sea historia ó leyenda, la escena de incorporarse por tres veces en su ataúd el cadáver de Raimundo Diocré para interrumpir los salmos fúnebres y declarar el engaño del mundo: *estoy acusado, estoy juzgado, estoy condenado por justos juicios de Dios*, es un magnífico prólogo para la concepción cartujana de la vida solitaria, contemplativa y perennemente callada.

No pueden ser la cabeza de San Bruno ni su cara las de un infantilismo piadoso, ni las divinamente embobadas de un extático, ni tener las vulgares expresiones de cualquier santo fundador á la vista de un modelo de fraile jovencito, temeroso, cándido ó tonto.

Hay que dar á Pereira la gloria: él ha hecho la cabeza de San Bruno. Es difícil decir, describiéndolo con palabras, más de lo que dice, á quien sepa leer y oír, la obra de arte.

Mira: éstos fueron la vida y el pensamiento y la muerte y la intuición religiosa de San Bruno; esa es su cabeza. Y rendirse, asombrarse y gozar.

Esta escultura dicen que fué regalo de un arzobispo á la Cartuja. El portugués Pereira trabajaba en Madrid y allí labró otra escultura de San Bruno para El Paular. Se cuenta que Felipe IV, cuando pasaba por delante de la hospedería de El Paular, hacía parar el coche y se

complacía en contemplar atento el San Bruno.

No se puede decir que sea una réplica exacta del de Miraflores. Está ahora aquella imagen en la Academia de San Fernando. No es solamente la actitud distinta: es algo más esencial lo que las diferencia, ventajosamente para la de Miraflores.

La de la Academia presenta á San Bruno puestos los ojos en una calavera; la de Miraflores en un Cristo. Esto es lo de menos. Es más, se puede pensar y decir que también la de Miraflores tendría en la mano derecha una calavera. Está comprobado que la admirable escultura fué trasladada por dos veces á la catedral de Burgos, cuando el peligro de la francesada y cuando la exclaustación de los monjes, y se sabe, se ve, que las manos del santo no son las que talló Pereira.

La cabeza de este San Bruno es de varonil dureza: la mirada hundida en algo que da luz y que asusta, que embarga y que hace callar. Es el hombre de heroísmo espiritual, triunfador en las agonías de la ley natural con el arsis de la perfectibilidad divina: facciones desecadas, austeras, penitentes, dormidas, la boca del no querer hablar. Del resto de la talla, es la envoltura tiesa de los paños cartujanos; los contados pliegues dan movimiento y aire á lo que en sí representa masa, borrón de líneas.

Para muchos que conozcan la escultura de Pereira, será una revelación la fotografía escorzada, ampliando la hermosa expresiva cabeza. Está diciéndolo todo: es una iluminación de la vida interior, puesta en aquellos ojos y en aquella faz severa y dulce, de luchador y de ungido.

Estudiando la fuerza expresiva de las cabezas de San Bruno, la de Montañés, la de Juan de Juni, la de Vergara, la de Raimundo Amadeo, la misma de *Antoin Hudon*, la de Mora... ninguna está tan moldeada en lo significativo de la gran figura cenobita del siglo XI como la de Miraflores.

De todas las esculturas famosas de San Bruno, voy oyendo decir lo que se atribuye á Felipe IV como elogio máximo del San Bruno de Pereira: «No habla porque es cartujo.» Con perdón de S. M., su frase sintetiza la emoción más vulgar.

Estas obras maestras, geniales, son las más habladoras, las que dicen más. Y en la de Pereira, ni la regla cartujana ha podido imponer á San Bruno la mudez: es el verbo del silencio.

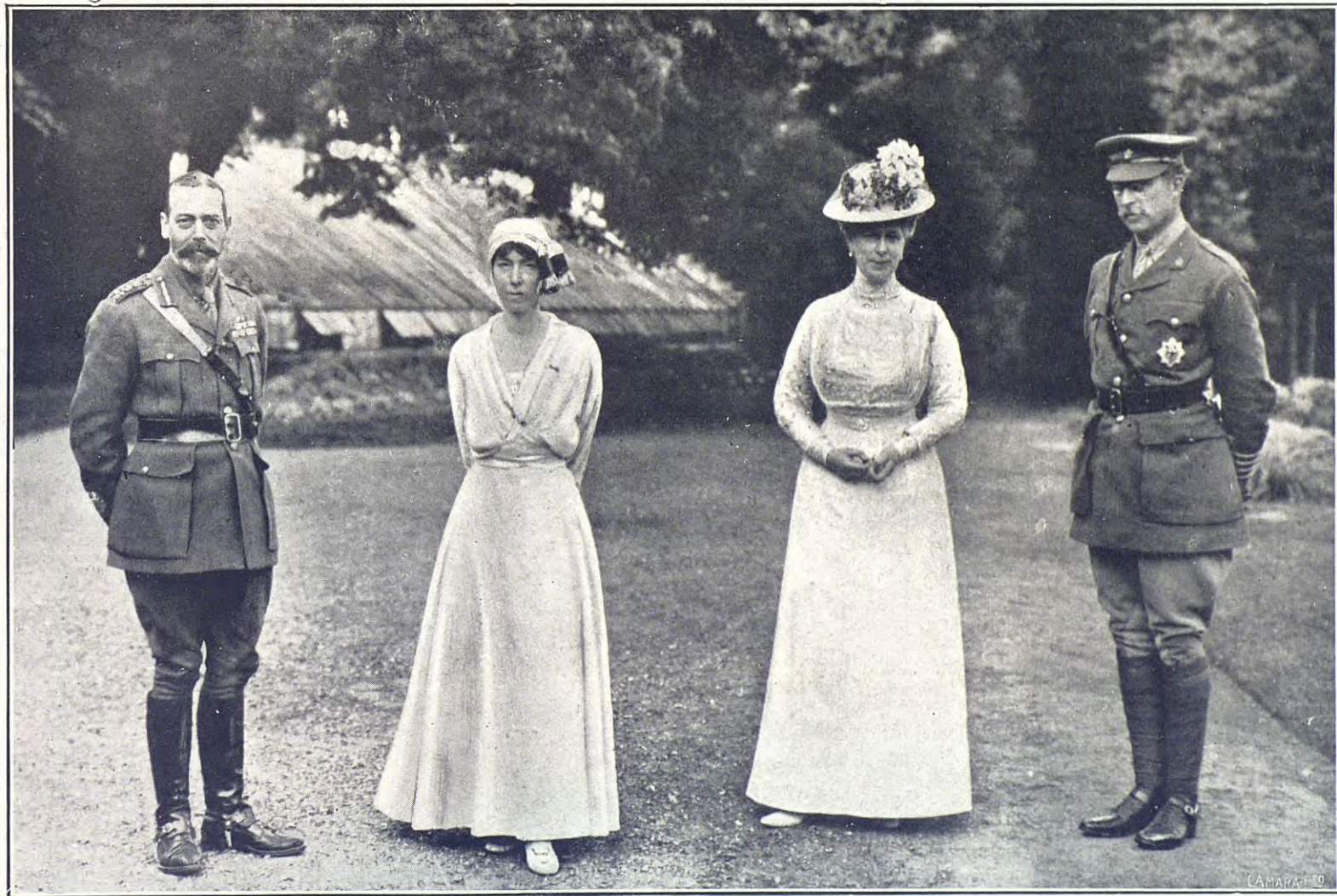
Para concluir. Yo deseaba hacer en este artículo un estudio de contrastes: el San Bruno de Pereira, con el San Bruno, de Mora.

El escultor granadino, algo posterior á Pereira, hizo una talla para la Cartuja de Granada; está en el altar mayor, á poca altura. Tiene el aire de escuela: es una escultura pequeña, de técnica impecable. Representa una emoción extática del santo; es angelical, luminoso, bobo divino. Quise fotografiar ampliamente la cabeza: se desdibujó, se endureció, perdió luz y finezas. De cerca, una cabeza vulgar; no resistió la prueba.

Y pensé que ni aun buscando contrastes, cabía lo de la «relatividad», tratándose de la cabeza del San Bruno, de Pereira.

MARTÍN D. BERRUETA

LOS SOBERANOS INGLESES EN FLANDES



LOS REYES DE INGLATERRA Y DE BÉLGICA, DURANTE LA VISITA REALIZADA RECIENTEMENTE POR LOS PRIMEROS AL FRENTE OCCIDENTAL

Fot. Hugelmann

Una nota interesante de la guerra ha sido la visita realizada hace pocos días al frente franco-británico en Flandes por los soberanos de Inglaterra, y en la que fueron acompañados por el rey Alberto de Bélgica y su augusta esposa. Los monarcas se detuvieron, especialmente, en los hospitales y ambulancias militares, algunos de ellos instalados á corta distancia de la línea de fuego, prodigando consuelos y otorgando recompensas á los héroes del reciente avance en Occidente, que ha liberado de la ocupación alemana buena parte de Bélgica.

EL ENIGMA DE SIEMPRE

De lejos, la mujer tiene un adorable prestigio. Suele ocurrir que el hombre, cuando una mujer le es desconocida, la adorna con imaginarias perfecciones, sugeridas por el sutil encanto que de su figura se desprende. Sucede igual que con un libro bellamente editado, cuya selecta fragancia nos promete una emoción de intimidad, que luego le pedimos y que raras veces nos llega a dar. O bien como con una cara noble y dulcísima—al igual que aquella de Plinio, en la Toscana, que tanto nos hizo estremecer de envidia suave...—, ante cuyo pórtico de mármol nos detenemos ensoñando la gentileza interior, pero que después, ya dentro, nos aprisiona con una dolorosa soledad espiritual... ¡Eterno y desconcertante engaño de lo sensible!...

Sabe la mujer—ó lo adivina—que posee ese delicioso atractivo de todo lo lejano y desconocido, y suele, aun sin querer, reflejarlo en actitudes herméticas y altivas. Vedla, si no, en los lugares donde exhibe su belleza: en los teatros, en las playas, en los paseos, erguida y serena, amparándose en la superioridad formal de su sexo. Acontece que, si tiene que mantener y consolidar su prestigio, bien sea por medio de sus actos, bien por sus juicios, el bello edificio se tambalea, y, aun á veces, parece que va á derrumbarse con estrépito. Pero el instinto la salva, y se acoge á ese amor que los hombres sienten por divagar gentilmente en presencia de la mujer. De ahí la preferencia de las mujeres hacia los hombres frívolos y charladores, y la resignada y forzada prudencia con que un hombre culto é inteligente elimina todo lo intenso en sus pláticas con la mujer.

Por ello, la galantería es el arte de matizar todas las superficies, y un hombre es tanto más querido y admirado cuanto menos las obliga á pensar. Pero hay otra suerte de galantería menos brillante, pero firme y honrada, que consiste en matizar todo lo que es substancial en nuestra vida. Sólo que la primera es galantería para la mujer, y la otra es galantería para una mujer. A la postre, llegan todas á reconocer que lo único perdurable no ha sido la dorada corteza, sino el fuerte y hondo sentimiento que acaso un día les hizo torcer el gesto con un mohín de cansancio. Nuestro vivir, complicado y excesivamente sensual, nos hace penoso todo lo que sea renunciar á grandes ó pequeñas vanidades del momento. La mujer, siempre buena amiga de lo bello exterior, tarda en darse cuenta de lo que sig ifican para ella esas dos galanterías. Le cuesta comprender que la primera es la del hombre ligero, voluptuoso y escéptico, que adora en la mujer á la muñeca que ameniza la existencia, pero que no ha de intervenir en ella, con lo cual cree que el desarrollo material y espiritual del individuo no se entorpece nunca; y que la otra sea la del hombre abnegado, animoso y con predominio de lo espiritual, que hace de la mujer eje de todos los sentimientos. Diferencia va de uno á otro. Pero el uno exige en la mujer pleno conocimiento y señorío de sí misma, mientras que el otro aletea graciosamente, deliciosamente, fingiendo amables coloraciones y disfrazadas lejanías...

...Recordamos dos muchachas muy bellas. Ambas esbeltas, morenas y altivas. Tienen para nosotros ese aroma indefinible de lo que ma ca un trozo lejano de nuestra adolescencia. Nunca cruzamos con ellas la palabra. Nos conocíamos de vernos en los teatros, en los paseos, en las fiestas todas. Nos distraía el espectáculo de su belleza y de su elegancia. De ellas trascen-

da una orgullosa idea de sí mismas. Siempre juntas, siempre unitariamente vestidas, siempre conservando una vaga actitud de desdén hacia los innumerables muchachos que solían rodearlas. Se adivinaba en ellas una coquetería refinada y cruel, porque no nacía de una fragilidad de carácter, sino de un altanero espíritu de pretendida superioridad. Eran dos magníficos ejemplares de esa postura de aislamiento y de lejanía, general en las mujeres, y que tanto desconcierta al bisoño y al soñador, pero que comúnmente se desvanece con sólo unas veces de charla. Esas muchachas son todavía, y á pesar de los diez ó doce años transcurridos, las imprescindibles en los teatros, en los paseos, en las fiestas todas... Igual su altivez, la misma su actitud, aparentemente indescifrable, exacto su gesto desdenoso. Por dentro, acaso les bailotea la grotesca comedia de su vida, eternamente condenada á no saber el goce inefable de la sencillez á tiempo, esto es, siendo producto espontáneo del carácter, y no obligación forzada.

Indudablemente, su error parte de haber creído que les bastaba con ser mujeres. Error en ellas muy usado y que, además, fomentan de continuo los poetas y los escritores, considerados como especialistas en psicología femenina, los cuales, claro está, son los que, de puro suiles, se han quedado más cerca de lo exquisito

imaginario que de lo real. Esos caballeros labran líricas exaltaciones en loor de la mujer; pero las mujeres de fina percepción las rechazan, porque saben que todos los elogios se definen en la bella superficie del desnudo femenino, ó á lo más, en alguna postiza ó exótica cualidad de un espíritu extraviado...

... Bien; y todo esto ¿á santo de qué?... También nosotros nos hemos extraviado de la divagación. Veamos... En el fondo, la conclusión debe ser ésta: ¿qué quiere decir mujer?... Nada, si con ello se da á entender esa graciosa y linda muñeca, espuma del vivir, ajena á todo lo decisivo y substancial. Todo, si se quiere significar al corazón hermano, que sabe ser dulce compañía en todo momento, ó doloroso, ó esperanzado...

No basta con ser mujer. Es preciso que el lejano prestigio de su figura sea, al acercarse, calor humano y comprensivo, de igual á igual... Mientras esto va llegando—que llega siempre, aunque sólo sea una vez á cada uno, y es bastante—nosotros nos distraemos contemplando el pintoresco y variado desfile de esas muchachas gentiles y enigmáticas que no sabemos si son muñecas ó si son mujeres...

F. MIRABENT VILAPLANA

DIBUJO DE RAMÍREZ



¡AVE, FEMINA!



¡Salve, mujer! En la floresta humana,
por ley de la divina Omnipotencia,
eres la gaya flor de pura esencia
que todo lo perfuma y engalana.

Del Arte y la Belleza soberana,
postrado el Universo, reverencia
la luz de tu ideal magnificencia,
más fulgente que el sol de la mañana.

Para el dolor y para el bien nacida,
ofrendas el tesoro de tu vida
por rendir al deber glorioso ejemplo,

y en tu alma, regazo de ternura,
halla toda maldad su sepultura,
nido el amor ¡y la piedad su templo!

DIBUJO DE OCHOA

FEDERICO GIL ASENSIO

LA INTERVENCIÓN DE AMÉRICA EN LA GUERRA EUROPEA



EL NUEVO COMBATIENTE

LA aparición del Tío Sam en el teatro de la guerra europea, combatiendo del lado de Inglaterra y Francia, nos ofrece uno de los casos de mutabilidad de la voluntad popular más curiosos y dignos de estudio.

Hace poco más de medio año, en Noviembre último, el pueblo yankee hacía triunfar la reelección del Presidente Wilson, ostentando como principal argumento electoral esta frase hábilísimamente esgrimida en la campaña reeleccionista por el *manager* demócrata: *He kept us out of war* (él nos preservó de la guerra).

Nada hacía presumir la participación belicosa del Tío Sam en el conflicto europeo. Hasta podía asegurarse que existía cierto rencor contra Inglaterra, que la Prensa, en general, se encargaba de avivar, publicando artículos y caricaturas en los que se hacía aparecer a John Bull como un salteador de caminos que despojaba al Tío Sam de su valija postal, violando la correspondencia é interceptando la dirigida á personas señaladas en su *black list* (lista negra).

Pasaron las elecciones, vino después la amenaza submarina de Alemania para toda embarcación que traspusiese los límites de las callejas marítimas señaladas por el Kaiser á la navegación internacional, y á la indignación producida por el hundimiento de algunos barcos norteamericanos que desobedecieron la intimación, siguieron rumores crecientes de una posible declaración de guerra por parte de los Estados Unidos, pero con ciertas limitaciones, que la Prensa misma definió

categoricamente, haciéndose eco de la opinión popular: Los Estados Unidos irían á la guerra contra Alemania si ésta no modificaba su programa de campaña submarina de un modo satisfactorio para los intereses yanquis; pero su participación en el conflicto europeo debía limitarse á

cooperar al triunfo de los aliados, facilitándoles cuanto dinero, provisiones y armamento necesitasen y, cuando más, á proteger con su escuadra la navegación mercante con Europa. En cuanto á la contribución de sangre, ni un solo soldado saldría de América; en primer lugar, porque el

ejército yanqui hacía falta aquí para proteger el país, y después, y aparte el egoísmo natural de rehuir un sacrificio que se juzgaba inútil, porque surgió la preocupación de que al intervenir de una manera tan directa como sería la de enviar un ejército norteamericano al viejo continente, pudiese Europa creerse investida de un derecho futuro á inmiscuirse en los asuntos del continente nuevo. Pero...

Un buen día sentó su planta en playas norteamericanas el flemático lord Balfour, comisionado británico, y poco después se le unieron el sagaz Viviani y el taciturno Joffre, comisionados franceses.

El pueblo yanqui acogió á todos cariñosamente, con un entusiasmo que fué desbordante en agasajos para el viejo mariscal, el héroe del Marne, «papá Joffre», como le llamaron la Prensa y el pueblo. Los diarios publicaban, mañana y tarde, fotografías suyas; su retrato, vistiendo el uniforme de mariscal de Francia, se vendió por centenares de miles en las calles de Nueva York, y durante todo el tiempo que duró la visita de los comisionados, apenas si trascendieron al público otras opiniones y otras palabras que las emitidas por el veterano caudillo; su figura eclipsó casi totalmente, á los ojos del vulgo,



KITTY GORDON

las de los otros comisionados, Balfour y Viviani.

Joffre habló poco, según su costumbre, pero el efecto de sus palabras no pudo ser más satisfactorio. Dijo que hacían falta hombres, muchos hombres y mucho armamento para vencer á los alemanes; que era de una importancia vital el que la juventud americana acudiese á defender la causa de la Libertad en las trincheras de Francia. Y la opinión pública cambió de súbito, como por arte de encantamiento, sin protestas, es más, con entusiasmo, cuando el Gobierno dijo: ¡Hay que ir á Francia!

Pero cuando llegó la hora de ir á Francia, sufrimos un desencanto: todos estaban de acuerdo en que había que ir á Francia, pero ninguno se sentía aspirante á héroe, y el reclutamiento voluntario fué un fracaso rotundo.

De nada sirvieron los esfuerzos de la Prensa y del Gobierno para levantar el espíritu popular. Los llamativos carteles, profusamente distribuidos en las esquinas de las calles, en los escaparates de las tiendas, en las oficinas de comercio, en los tranvías y hasta en los carruajes particulares, eran contemplados con entusiasmo grande... pero pasivo. El público aplaudía y coreaba todas las noches las canciones patrióticas en los mítines callejeros, en los *cabarets* y en los teatros; los retratos de Washington, Abraham Lincoln, Grant y el Presidente Wilson, proyectados á diario en los cinematógrafos, provocaban verdaderas tempestades de aplausos; se vendieron por millones los emblemas patrióticos, botones de solapa y banderitas con los colores de las naciones aliadas, y se abrieron oficinas y se levantaron tiendas de campaña en todos los parques y plazuelas de Nueva York para la inscripción de voluntarios. Pero éstos eran menos cada día.

Se recurrió á un procedimiento que dió excelentes resultados en Londres: la Secretaría de Guerra patrocinó una campaña hecha por las actrices más populares, en los teatros y en los cinematógrafos.

Kitty Gordon rompió el fuego anunciando que cantaría una canción patriótica en uno de los *roof gardens* más concurridos de Broadway. Kitty Gordon es una inglesa bellísima, actriz mimada de los públicos de Londres y Nueva York, y muy popular en ambas capitales por su hermosura, por su lujo fastuoso y por las sabrosas anécdotas que cuenta de ella la chismografía galante. Hija del difunto general Blades, que se distinguió en la India, y esposa del capitán lord Beresford, desde hace dos años en servicio activo con el ejército inglés en Francia, lleva en sus venas el temple de una familia de abolengo militar, y en su pecho la tenacidad, un poco vengativa, de las personas que han sido heridas en sus afectos familiares íntimos; porque Kitty Gordon lleva perdidos en esta guerra dos hermanos y un sobrino que militaban en el brillante regimiento de la *Black Watch*.

Presentóse en el escenario acompañada de su hija, miss Beresford, que aparecía en público por primera vez, y dirigió al auditorio una breve arenga en la que su ingenio picaresco no dejó escapar la oportunidad de zaherir, con burla refinada, el apresuramiento que les ha entrado ahora á los jóvenes yanquis por casarse. Avivó el entusiasmo de la concurrencia la presencia de los artilleros

navales que sirven las baterías formidables de cañones gemelos en uno de los *dreadnoughts* más modernos de la Armada, y, finalmente, las inspiradas estrofas de una canción patriótica, que el público coreó.

En otros teatros, y en noches subsiguientes, prestaron su concurso á la causa del reclutamiento otras actrices no menos populares, estrellas del teatro y del cine; pero el resultado siguió siendo lamentablemente negativo. El amor á la vida con-

cesó en cuanto las autoridades se percataron del juego.

Actualmente, Pershing, el brigadier general que mandó la famosa y poco afortunada «expedición punitiva» en México, está en Francia al frente de un Cuerpo de ejército que el Gobierno se propone aumentar, en plazo breve, con un contingente de setecientos mil hombres más. Se ha suscripto en pocos días, casi en horas puede decirse, un empréstito que llamaron de la Libertad (*Liberty loan*), por la fabulosa suma de dos mil millones de dólares; se comenzó, con actividad febril, la construcción de una gran flota mercante de madera, de pequeño tonelaje, que se supone inmune á los ataques submarinos; la mayoría de la población civil dedica un poco de su tiempo, todos los días, á la preparación para la guerra: los hombres y algunas mujeres reciben instrucción militar, otros sanitaria en las numerosas oficinas abiertas por la Cruz Roja en todas partes; se han dictado medidas restrictivas en el consumo de artículos de primera necesidad; se ha ordenado el cierre, á la una de la madrugada, para los *cabarets* y demás lugares donde se sirven bebidas alcohólicas, y hasta se piensa en el nombramiento de un «dictador» por el estilo de Lloyd George en Inglaterra... Los Estados Unidos han resuelto cooperar al triunfo de los aliados con toda la suma enorme de recursos de que disponen y con la misma actividad sistematizada que hubieran puesto en la edificación de uno de sus gigantescos puentes ó rascacielos altísimos.

¿Qué consideraciones pudieron motivar cambio de opinión tan radical de un pueblo práctico, amante de la vida sin preocupaciones y que, en su neutralidad, estaba quedándose con el dinero de todo el mundo?

El haber supuesto que Alemania estaba ya agonizante, según opinan los que aún recuerdan su poco noble papel en la guerra hispanoamericana; una posible promesa de los aliados de dejarles «manos libres» en Hispano América después que termine la guerra, según los que no pierden de vista el imperialismo yanqui; y según otros—acaso los más acertados—, el deseo de protegerse, con la amistad de Inglaterra, contra el fantasma del «peligro amarillo» en un futuro no lejano. Porque el diminuto Japón constituye una verdadera pesadilla para los Estados Unidos; el terror que este pueblo gigante siente por los hombrecitos amarillos de Oriente es sólo comparable al que un elefante siente por el más vulgar de los roedores.

Quiénes están en lo cierto lo sabremos con el tiempo, aunque los motivos importan poco. Lo indudable es que todos tendremos que agradecerle á los Estados Unidos su intervención. Pero, ¿se demostrará la gratitud británica tal como esperan los Estados Unidos?

Es muy difícil hallar la respuesta en el rostro impenetrable de Inglaterra, de la verdadera Inglaterra; no la que los caricaturistas disfrazan con el rostro bonachón y mofletudo de John Bull, sino la otra, la que la experiencia nos muestra bajo la máscara impenetrable de Chamberlain, la esfinge del monóculo.

F. PENDAS

Nueva York, Julio de 1917.



MISS BERESFORD, hija de Kitty Gordon

fortable que se disfruta en este país, donde abunda el dinero, que procura el confort y los placeres, pudieron más en el ánimo popular que todas las ideas patrióticas.

El Gobierno, consternado, acudió á los legisladores, y éstos se vieron precisados á votar una ley increíble en la libre América del Norte: el servicio militar obligatorio. Y el pueblo yanqui acató esta disposición de su Gobierno con la misma sumisión con que había acatado las anteriores, todas tan en contra de la voluntad que había expresado meses antes mediante el sufragio.

Hubo, es verdad, un principio de éxodo por parte de los «señoritos» yanquis al conocerse la ley del Servicio obligatorio. Todos los días, un número creciente de hombres jóvenes cruzaba las fronteras del Canadá y de México, sin más equipaje, muchas veces, que un par de maletas de mano, de las cuales una iba materialmente atestada de billetes de Banco. Pero la emigración



La niña loca, la madre y la Muerte

Madre, dame los ojos de todos mis hermanos
—dice una niña loca—, para hacerme un collar.
Madre, quiero los ojos de todos los humanos,
para hacer un estanque grande como la mar...
¡Oh!, cómo lucirían sus aguas luminosas
cuando el sol y la luna, con sus ojos de oro,
los mirasen; serían como un bello tesoro
de estrellas de colores y de piedras preciosas.
¡Tantos y tantos ojos que llorarían tanto!
¡Llenarían la tierra como un gran mar de llanto!
Y todo el cielo y todo el mundo se vería
en sus aguas; la Noche con sus astros, y el Día
con sus blancas auroras y sus ocasos rojos.
Naturaleza entera, reflejada en los ojos
de mi mar, me daría sus más bellos paisajes,
y yo, como una reina, haría mis viajes
en una blanca góndola, que cisnes llevarían,
y así ¡todos los ojos del mundo me verían!
Todos los ojos, ¡todos!, y yo sería dichosa
como lo es una reina, como lo es una diosa.

Madre, dame los ojos de todos mis hermanos.
Son diez, y diez sortijas llevaría en mis manos;
diez sortijas tan raras, tan únicas y bellas,
que no habría en el mundo ninguna como ellas.
Quiero tener los ojos que hay, de todas las gentes,

para hacerme con ellos muchas joyas fulgentes,
y elevar una torre de miradas, gigante;
tan gigante que viera todo lo más distante.
Con ella, ¡cuántas cosas podría, entonces, ver,
teniendo tantos ojos!... ¡qué infinito placer!
Si sólo con mis ojos puedo ver tantas cosas,
con los ojos de todos ¿qué vería?... ¡Qué hermosas
tantas miradas vivas!... ¡Tener tantas miradas!...
¡Sería yo una noche de estrellas asombradas
ante las maravillas que guarda el universo!...
¡Quién, como yo, vería lo raro y lo diverso?

Madre, dame los ojos de todos mis hermanos.
Son diez ojos; con ellos quiero enjorar mis manos,
y así todos mis dedos podrían ver las cosas...
¡No tienen también ojos los bellas mariposas
en sus alas?... ¡Mis manos serían como alas
de una gran mariposa!... ¡la de más ricas galas!...
¡No tienen también ojos en sus colas triunfales
los reyes de las aves, los nobles pavos reales!
Yo también quiero, madre, rivalizar con ellos,
¡quiero un manto de plumas, con los ojos más bellos!

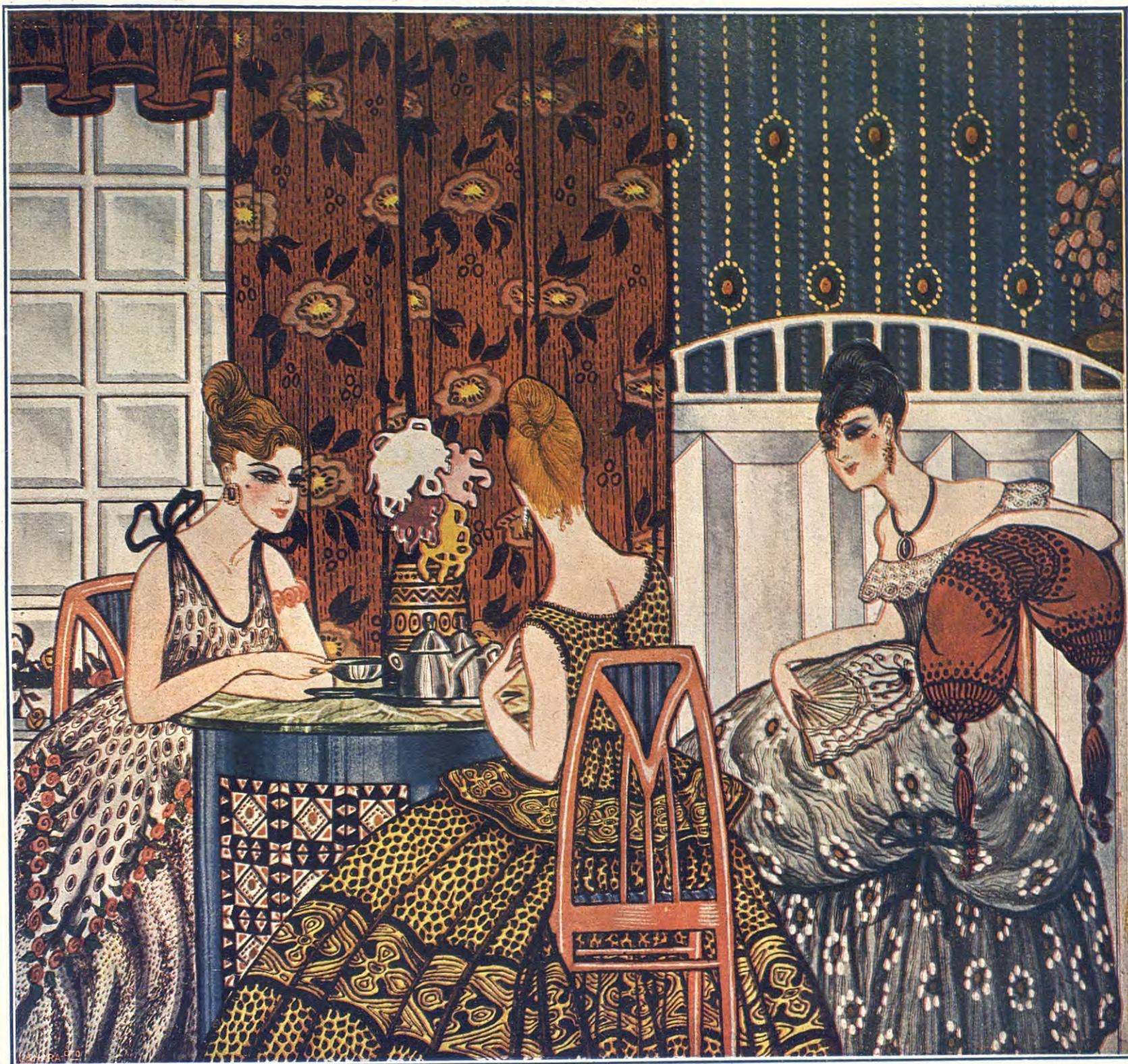
Madre, dame los ojos de todos mis hermanos.
Quiero todos los ojos de todos los humanos
y de todos los seres: aves, peces y fieras;

de todos los rebaños de todas las praderas...
¡Oh, los ojos dolientes de los mansos corderos!
¡Los ojos de los bueyes, grandes y lastimeros;
ojos tristes y húmedos, que en silencio se quejan;
estanques pequeñitos que los campos reflejan!...
Quiero todos los ojos, para poder mirar
todas las cosas bellas del cielo y de la mar,
y los de las estatuas de todos los jardines
que miran la belleza de todos los confines,
y los de las muñecas de todos los bazares,
y los de las imágenes de todos los altares...
Los ojos siempre abiertos de los santos benditos
¡qué celestes bellezas verán, y qué infinitos!

La madre: —Su locura me parte el corazón;
¡oh, Dios, dale la vista a su ciega razón!
—¿Por qué están siempre abiertos esos ojos divinos?
—Hija, porque vigilan los celestes carrinos;
los celestes caminos que van a las estrellas...
—Madre, ¿cómo podría ascender hasta ellas?
Porque, a-í, las estrellas me darían sus ojos.
La Muerte: —¡Yo, hija mía, cumpliré tus antojos!...

GOY DE SILVA

DIBUJO DE BARTOLOZZI



LA HORA DEL TÉ

HAN dado las cinco y las encantadoras mujercitas se reúnen en torno de la mesa de té. El té es un pretexto para un rato de charla. La murmuración de buen tono, el discreto elegante, el figurín de moda y el último pretendiente son los temas que más bien se prestan al frívolo debate frente a la fina porcelana y a la aromática infusión que parece oro líquido en la redonda taza de Sevres.

El gabinete coquetón es un alarde de buen gusto, de aristocrático y de riqueza. Está cubierto con tapices tejidos en tierras lejanas que ofrecen en sus dibujos exóticos caprichos. Está aromado con flores lozanas y frescas, que recuerdan, por la suavidad de sus pétalos y el delicado perfume de sus cálices, rostros hechiceros y sugestionadoras manos femeninas. Se adorna con frágiles tanagras y con retratos y pinturas que evocan lugares de ensueño y horas felices de ilusión desvanecida en un momento de incompatibilidad, de nerviosismo o de tedio...

Mientras la gentil camarera, con su blanco delantal y su cofia impecable, sirve el líquido dorado y las pastas sabrosas, la conversación forma una encantadora algarabía general de risas y besos. La amiga que llega, la broma a la que se retrasa, la ironía que, con apariencias inocentes, juega entre labios y encajes con donaires y agudezas de intención... Luego, alejada la pizpireta doncella,

o el camarero ceremonioso, entra por nuevos cauces y sufre radicales transformaciones el espíritu de las reuniones.

Se habla más quedamente, de modo confidencial. Retiradas a un ángulo las damas matronas, discurren con la gravedad de los años que les llevaron alegrías para convertirlas después, al rodar del tiempo, en dolores y pesadumbres.

Repartidas en grupos diferentes, cuchichean, alrededor de las minúsculas mesillas de mimbre, las muchachas que nacen a la vida como una bella realidad de suspirados bienes. En cada cabecita señoril bullen los mismos pensamientos y análogas palpitaciones. El travieso Amor hirió con crueldad los rosados pechos, dando paso a inquietudes y enojos pueriles que, apreciados por la fantasía, y a través de los deseos, toman proporciones serias de imposible solución.

La declaración balbuciente, escuchada con fingido rubor, con los ojos bajos y las manos jugando nerviosamente con el abanico, que es un recurso soberano en tales torneos; la primera falta a la cita, aquel atrevimiento rechazado con visibles muestras de indignación, mientras que el alma, por dentro, repicaba a gloria; la prueba de cariño que se pidió en el calor del baile, entre destellos de luces, lánguidas cadencias de vales y rigodones, crujido de sedas y adormecimiento de perfumes; la ingrati-

tud del galán que sintió la fascinación de otra simpatía y el halago dulce de otras palabras de mujer.

Más allá, en otro rincón, pliega sus alas la melancolía de las que esperan. En la bruñida superficie del líquido amarillo y humeante se reflejan los divinos rostros de mágicas líneas, y la injusticia del olvido les arranca un suspiro de dolor.

Su conversación es más entrecortada por los paréntesis, más trivial, menos íntima. Viven en un sueño perpetuo que, al contacto de la realidad, se trueca en amargura de llanto.

Sufren calladas y aguardan el momento sublime en que unas frases trémulas dejen en sus oídos ansiosos las inspiradas estrofas del eterno madrigal.

La caída de la tarde avisa del cambio de toilette, y la amable reunión se disuelve.

Entonces, las enfermitas de amor que presenciaron la dicha de las demás, se abandonan a la esperanza y deslizan suavemente sus manos ducales sobre el blanco teclado que gime un nocturno de resignación, mientras los grandes ojos, llenos de ternura, muy fijos en el espacio y muy abiertos, como en éxtasis, sueñan con un bonito cuento de pasión y de felicidad.

ROGELIO PÉREZ OLIVARES

DIBUJO DE TAFF



GLORIAS ARQUEOLÓGICAS DE ESPAÑA

El Hospital de Santiago, de Ubeda



Las gloriosas páginas de la historia de Ubeda duermen tranquilas al amparo y vigilancia de las cuatro torres de su hospital, luminoso faro del viajero.

Ubeda fué el pedazo de tierra escogido por la Virgen de Guadalupe para que el Rey San Fernando, presidiera la consagración al culto cristiano de la mezquita principal y enarbolase la bandera castellana sobre las torres de su alcázar; albergó en el monasterio de Santa Clara á Isabel la Católica; vió á Carlos V y á Felipe II doblar la rodilla y jurar ante la Virgen de los Remedios guardar los fueros y privilegios que varios reyes tenían concedidos; oyó la voz de Juan de Avila y Fray Diego de Cádiz, y fué sepulcro de San Juan de la Cruz.

El hospital está enclavado en la parte occidental de la población, patentizando la buena memoria de aquel su ilustre hijo, que se llamó D. Diego de los Cobos y Molina, obispo de Jaén. Se debe el proyecto al arquitecto Andrés de Valdelvira. La escritura de fundación la otorgó el prelado el 17 de Septiembre de 1562, ante el notario apostólico D. Miguel Aguilar, y en aquella fecha se empezó á edificar, bajo la advocación del apóstol Santiago.

Precede á este majestuoso edificio, orientado al Sur, una hermosa lonja de 86 metros de longitud por 15 de anchura, de aspecto escolástico, limitada por una verja de hierro con cuatro robustos pedestales cilíndricos que sostienen otros tantos leones, que ostentan el escudo de armas del obispo Cobos. Dos atrevidas torres se levantan á los extremos de la fachada, cubiertas por bóvedas de piedra á modo de armaduras de linias mohamares, cuyos chapiteles parecen dar el adiós á las flechas de la arquitectura ojival. En ellas, y sobre unos tarjetones bien esculpidos, se lee en una: «Didaeus los Cobos episcopus gienensis», y en la otra: «D. Diego de los Cobos, obispo de Jaén, fundó esta casa».

Si no hubiese inscripción alguna que nos indicase la fecha de la construcción, por el aspecto y sencillez de la fachada diríamos, sin temor á equivocarnos, que es de la época del Segundo de los Felipes, y puso en ella su talento Juan de Herrera. Y así es. Al exterior no se aprecia más que la aridez de la línea recta, que predomina, con todas sus tristezas y frialdades, simbolizando al Dios inmutable, poderoso y eterno. Unicamente en la parte superior de la portada el buril de Valdelvira permitió admirar en alto relieve al apóstol titular, bajo cuya imagen, y en rica lápida de mármol, hay una inscripción que dice: «María concebida sin pecado». Bajo



Vista del Hospital de Santiago, de Ubeda

esta inscripción se abre una gran puerta de arco romano, cuyas hojas, guarnecidas de clavos de bronce, son de admirable forja.

En el exterior sigue imperando la línea recta; pero la delicadeza de las curvas de sus arcos, y las bóvedas de la iglesia, parece que aclaman y descubren al Dios de la oración, del sentimiento y de la fe. Entrando en el amplio vestíbulo, se encuentra el colegio de niñas, dirigido por las Hijas de la Caridad; el comedor de la Cantina escolar, y el Consultorio médico y Gabinete microbiológico. Sobre la puerta de entrada al patio, hay una lápida que mandó colocar el eminente cirujano D. Joaquín Cuadra. La ins-

cripción dice: «Visitad los enfermos en esta casa de misericordia, y saldréis edificados en la caridad». El espacioso patio es de planta cuadrada. Veinte columnas de mármol blanco de Génova, superpuestas sobre otras veinte, sostienen el segundo cuerpo y sirven de sostén á las arcadas. Bajo el pavimento se oculta un aljibe de 845 metros cúbicos de capacidad, construido en el siglo XVIII por mandato del entonces obispo de Jaén, doctor Briruela y Salamanca. Contiguo al patio se encuentra la farmacia, la sala de hidroterapia, la sala de visitas, el pabellón de ancianos, los lavaderos, la estufa de desinfección y la puerta de entrada á la espaciosa huerta; y además, la casa-cuna, la cocina y el comedor de las hermanas, la antebotica, la iglesia y otras dependencias accesorias.

La escalera principal corresponde, en dimensiones, arquitectura y construcción, á la magnificencia derrochada. Su forma rectangular, su disposición de ida y vuelta, su estructura, pudieran servir de obra de estudio, dados los grandes problemas de estereotomía y mecánica que encierra. El primer tramo está sobre macizo, como es corriente; el segundo tramo descansa sobre bóveda por tranquil, de sillería arenisca, cuya materia predomina en todo el edificio. Lo más notable de esta escalera son las pinturas y su iconología. Al frente se encuentra el escudo del obispo Cobos, con una inscripción que dice: «Esta casa y capilla que se nombra e Hospital del Sr. Santiago, fundó y dotó de sus bienes el muy Ilmo. Sr. D. Diego de los Cobos, obispo que fué de Jaén, del Consejo de Su Majestad, de buena memoria, natural de esta ciudad. Comenzóse á edificar el año 1562, y acabóse el 1575». Bajo esta inscripción se ha instalado recientemente una lápida de mármol en alto relieve dedicada al difunto director del Hospital, D. Joaquín Cuadra. Sobre el ático de la escalera hay diez elegantes claraboyas, y en

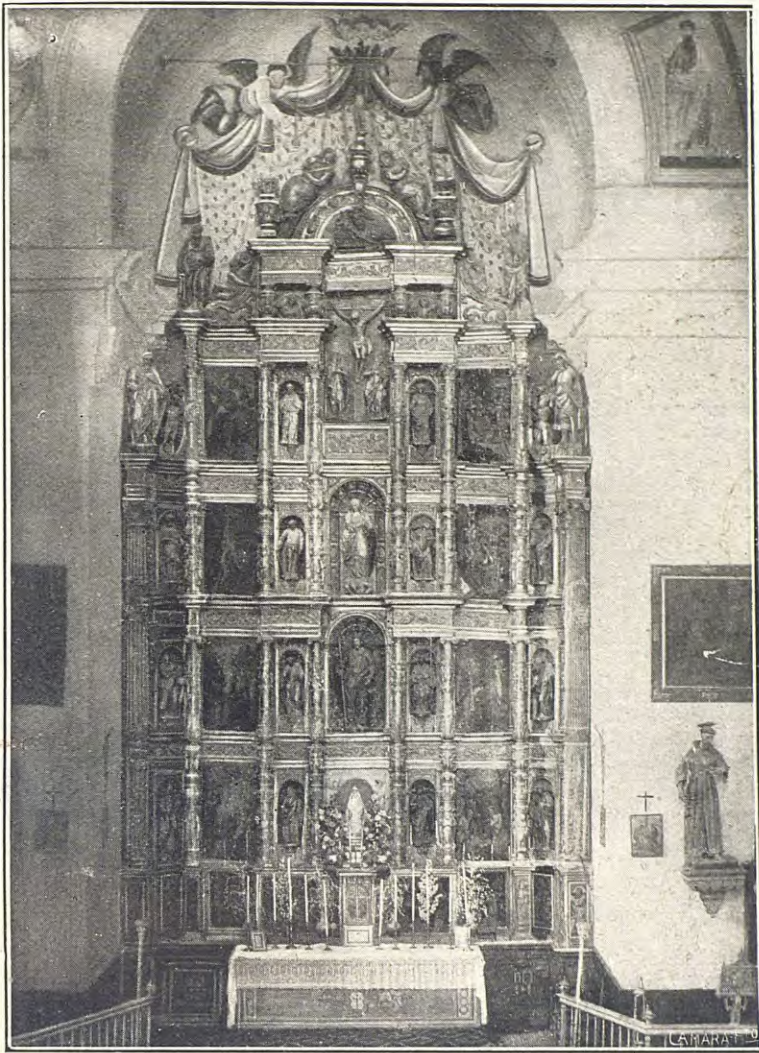
los espacios comprendidos entre ellas, descuelgan hermosas pinturas, entre las que se encuentran la del obispo Cobos en traje de pontifical; la Creación, Adán y Eva en el Paraíso; el Creador y Adán; Dios formando la mujer; San Ildefonso, San Eugenio, San Julián, Santo Tomás. En una hornacina orlada de flores se lee que el edificio fué restaurado en 1904. Sobre este cuerpo de luces se destaca la elegante bóveda bizantina, en cuyos casetones moldurados hay excelentes frescos que representan reyes, figuras del renacimiento, vírgenes y pasajes bíblicos, en el orden siguiente: Alfonso VIII, el de las Navas; Sancho II, el Deseado; Enrique I; Fernando III, el



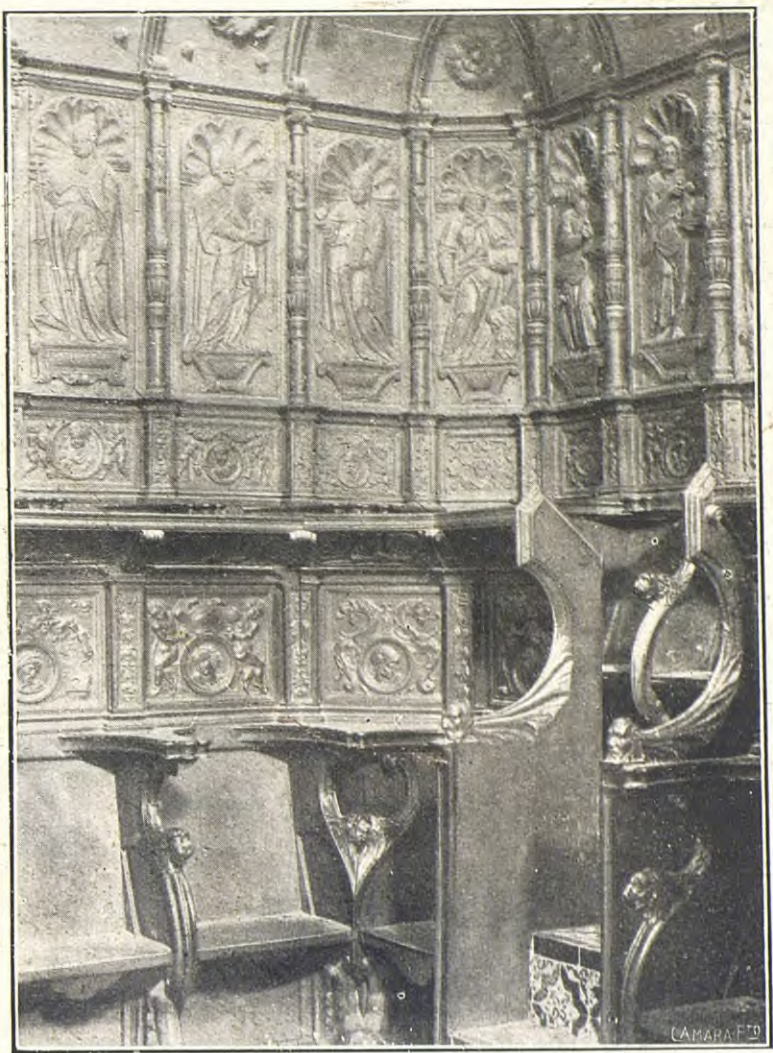
Fachada del Hospital de Santiago á la calle Nueva



Puerta del Hospital de Santiago que da acceso á la iglesia



Retablo del altar mayor de la iglesia del Hospital de Santiago



Detalle del coro de la iglesia del Hospital de Santiago, en Ubeda

Santo; Alonso X, el Sabio; Sancho III; Fernando IV; Alfonso XI; Pedro I; Enrique II, el Bastardo; Juan I; Enrique III, el Doliente; Juan II; Enrique IV, el Impotente; Fernando V, el Católico; Felipe I; el Príncipe Carlos, y, por último, Carlos V en el centro y Felipe II al final. Además, en los casetones centrales de la bóveda, se ven la Muerte, el Tiempo, el Infierno y el Juicio, y á los lados, figuras del Renacimiento: Santa Agueda, Santa Inés, Santa Catalina de Alejandría, Santa Bárbara y Santa Cecilia.

De la escalera se pasa al comedor principal, sobre el cual se abren la antesala de operaciones, el gabinete quirúrgico, las habitaciones de las Hermanas de la Caridad, las salas de Medicina y Cirugía y pensionistas, el pabellón de dementes y enfermedades contagiosas, la sala de militares, la sala de ginecología, el ropero, el pabellón de mujeres, la sala de curas y la puerta de entrada al coro de la iglesia.

La planta de la iglesia es una cruz latina constituida por una sola nave, precedida de un atrio cubierto, al que da entrada una triple puerta, con excelentes verjas de hierro forjado, que ostentan el escudo del fundador y la imagen de Santiago. El estilo de la iglesia es greco-romano, y su aspecto artístico y severo. La bóveda, en la que se admiran los más delicados frescos, representativos de la Historia Sagrada, versículos de la Biblia y figuras del Renacimiento, es alternada entre baídas y de cañón.

Entre los altares descuella el retablo del altar mayor, obra de los hermanos Valdevira y de los pintores Rosales y Rojés. En el pavimento de la iglesia, y en el centro del crucero, está la cripta del fundador, cuyos restos guardó en ella cuidadosamente el que esto escribe, por mandato de D. Joaquín Cuadra y en presencia del Angel de la Caridad que fué del hospital, aquella insustituible superiora, llamada en el mundo Sor Luciana Martínez.

El coro de la iglesia ocupa la testera de entrada, á especie de gran tribuna, con un precioso pavimento de azulejos árabes. La doble sillaría tallada en nogal es una filigrana de arte que

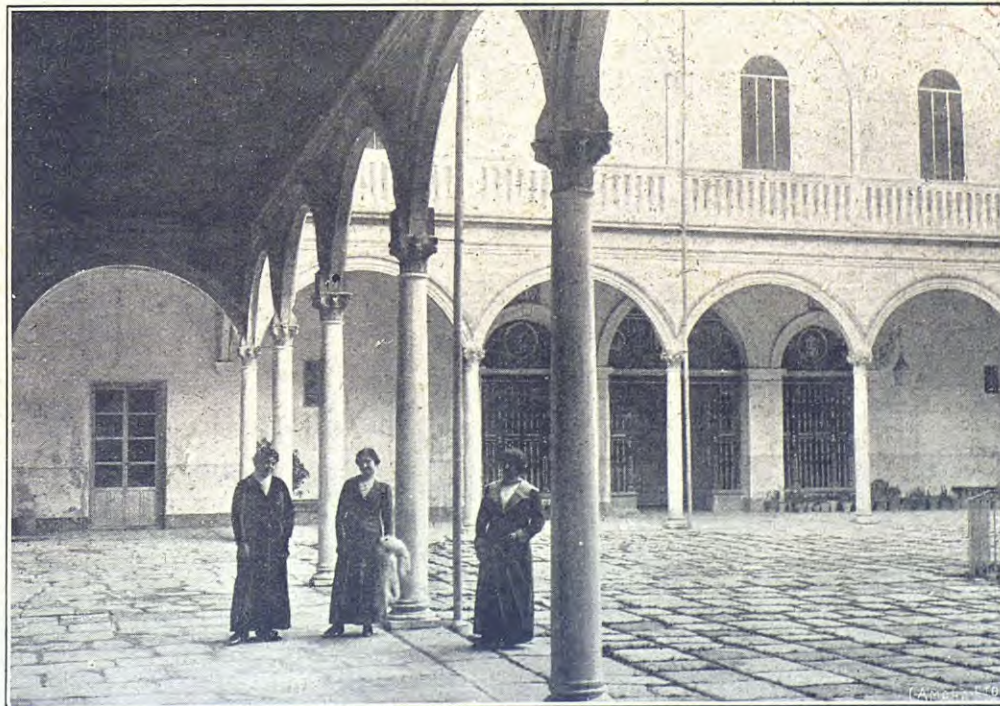
daría fama á cualquier museo. Representa el apostolado, los evangelistas, mártires y vírgenes, y la avaloran miniaturas del más puro Renacimiento.

La sacristía y antesacristía tienen planta rectangular, bóveda de carpanel. Sus pinturas al fresco dan la sensación de la realidad, predominando en ellas el Renacimiento clásico y la mitología, alternando con diversas cartelas con inscripciones latinas. Las cajoneras de la sacristía son de la época de la fundación, y en ellas se conservan ornamentos y joyas de gran valor. En la antesacristía, toda pintada al fresco, con bóveda en forma de cúpula, destacan gigantes

figuras de los profetas, santos y vírgenes, alternando con cariátides.

El hospital de Ubeda puede ser considerado como un verdadero monumento del arte nacional. En él dejaron la huella de su genio los hermanos Valdevira, de uno de los cuales dijo Antonio Ponz, que tuvo tan altos méritos como Berruguete y de quien, acaso, sean las casas de Ayuntamiento de Sevilla. Es un edificio que encierra un tesoro de bellezas.

Tal es, á grandes rasgos, el hospital de Ubeda, levantado hace más de tres siglos por la piedad y munificencia del ubetense D. Diego de los Cobos. Bien merece el insigne varón el recuerdo de una lápida que patencie la gratitud de la histórica ciudad, por la que él sintió tan ardiente preferencia.



Claustro bajo del Hospital de Santiago, en Ubeda

MIGUEL CAMPOS RUIZ

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA



Se acerca el delicioso día de las regatas. Sobre las verdosas aguas del Atlántico corren ligeras las embarcaciones á disputarse la anhelada copa del campeonato.

Sensitiva, nuestra femenina adorable, acostumbrada á vencer por tierra y por mar, resplandeciente y feliz, respirando seducción y alegría, anuncia en palabras los milagros de las creaciones «FLORES DEL CAMPO». Sus tremendos y burlones ojos negros miran, llenos de superioridad y dominio,

mientras esa herida sangrienta que tiene por boca muestra, al reír, la impecable blancura y el cuidado exquisito que al OXENTHOL debe.

Millares de gemelos curiosos la persiguen á lo largo de las olas, donde su balandro marino afeita las aguas y se adelanta á todas las embarcaciones.

Sensitiva es un timonel insustituible y experto. Ella está segura de beber el tumultuoso champagne en la copa del vencedor, que naufragará más tarde en las profundidades de sus ojos soberanos.

La PERFUMERÍA FLORALIA es cómplice de Sensitiva; la regaló sus codiciados secretos de seducción irresistible, entre los que ocupó un lugar predilecto el SUDORAL, esa loción higiénico-desodorante que tanta utilidad y beneficio tanto prodigó á la mujer. Por eso la deliciosa náyade, agradecida, sonríe.

Mientras, una nube de manos masculinas aplaude entusiasmada.

DIBUJO DE BLESÁ